

ATENE O

ORGANO DEL ATENEO DE EL SALVADOR

—Ubi Scientia, Ibi Patria—

Directores: JUAN FELIPE TORUÑO — BR. JORGE LARDE Y LARIN

Redacta: JUN FELIPE TORUÑO

Cuarta época—No. 186

San Salvador, El Salvador, Abril, Mayo y Junio de 1950

Año XXXVIII

Editorial

Por la Unificación de Escritores y Artistas Nacionales

EN estos momentos los escritores y artistas centroamericanos tienen, para llevarla a la práctica, la iniciativa de un distinguido hombre de letras panameño, Rogelio Sinán, quien visitó los países de Centroamérica en abril del presente año,

Antes de que él llegara a El Salvador, estuvo por aquí el doctor Octavio Méndez Pereira, Director del Centro Regional de la UNESCO, para la América Latina, y rector de la Universidad de Panamá. Vino él a gestionar para que se aumentara en el país el número de miembros que componen la Comisión de El Salvador de la misma institución y a proyectar la línea de trabajo. A este respecto, el doctor Manuel Castro Ramírez, eminente internacionalista y Miembro Honorario del ATENEO DE EL SALVADOR, elaboró ya el reglamento por el que habrá de regirse el núcleo de los integrantes de dicha Comisión.

Demasiado conocido en los campos de la cultura el doctor Méndez Pereira, trata de impulsar las actividades a fin de que la contribu-

ción de cada país sea eficiente en la obra general que se le ha encomendado y en la que todos estamos en el deber de cooperar.

En lo concerniente a la iniciativa de Rogelio Sinán, es importante para la unificación y solidaridad de los elementos pensantes y artísticos centroamericanos abarcando Panamá. Se trata de la fundación de una entidad que responda a las necesidades actuales de la cultura. En Centroamérica no existe aún la homogeneidad en el actuar. Los centros —como el ATENEO— laboran con elementos que, si afines, no responden intensamente a una labor que pueda trascender bondadosamente para bien de los pueblos centroamericanas y, por ende, para los mismos escritores y artistas. Estos se encuentran separados por barreras que ellos mismos han formado. Y entre país y país, si no es absoluto, hay desconocimiento de lo que se proyecta o se practica en bien de la cultura general.

Sinán propuso, como primer punto, la fundación de una revista que fuera editada mensualmente en cada país, en una progresión de enlace, a efecto de que en ella se diera a conocer todo lo que vibra y palpita en los pueblos centroamericanos. Después llegaría un congreso en el que estuviesen los más numerosos representantes a efecto de formular un plan de trabajo y desarrollar un programa. Y, como tercer ángulo de este triángulo de actividades, la fundación de una editora para publicar y distribuir, dentro y fuera de Centroamérica, los libros de los autores de estos países, así como abrir certámenes de pintura, música y escultura.

Quedó una Comisión que se encargaría de darle vida en El Salvador a esta iniciativa. Ella está integrada por las siguientes personas: doctor Salvador R. Merlos, don Aristides Salazar, don Juan Felipe Toruño, Teniente Coronel José María López Ayala y profesor Alfredo Betancourt. Esta comisión aún no se ha movido para preparar el plan. Entendemos que el no haber laborado aún, se deba a cuestiones de política electoral. Mas es hora ya de que se haga lo que corresponda a fin de que aquella iniciativa no quede como tantas otras.

En Centroamérica se subestiman los valores, vistos desde afuera, por la falta de solidaridad en una labor congruente de los elementos in-

telectuales y artísticos. Unos por indolencia; otros porque prefieren el trabajo personal y otros porque no le dan importancia a esa unidad que la tiene en demasía y que presentaría la vibración de núcleos activos de cada país, cooperando así a la formación de la cultura del Continente.

De trascendencia, no digamos de interés colectivo y personal, es la unificación y solidaridad de los valores intelectuales y artísticos centroamericanos, jóvenes y maduros, de todas las categorías y edades, puesto que la edad podría apreciarse más bien por las actividades, entusiasmo y optimismo de quienes llevan o no sobre sí la carga pesada de los años.

EL ATENEO DE EL SALVADOR, por su parte, se apresta a todo aquello que pueda contribuir: desde aportar el contingente que esté a su alcance, hasta ceder sus salones para que en él se reúnan quienes deseen integrar la Asociación de Escritores y Artistas Centroamericanos.

No debe perderse la iniciativa. Son momentos de concentración en el esfuerzo por conseguir la unificación y solidaridad para bien de la cultura de los pueblos, no sólo de las parcelas centroamericanas, sino del Continente y, como consecuencia, del mundo.



Presentación de Nuevos Miembros del Ateneo de El Salvador, al ser incorporados en una recepción solemne

Señores:

El acto público de esta noche del Ateneo de El Salvador reviste una doble importancia, porque no sólo se trata de la incorporación de un connotado escritor y poeta como Miembro Activo, a través de su conferencia de ingreso y de la respectiva contestación a cargo de uno de los colegas, a nombre de la Institu-

ción, sino también de la incorporación de dos ex-Miembros Activos a la categoría de Miembros Honorarios.

Es el poeta don Manuel José Arce y Valladares, de gloriosa estirpe histórica y figura de abolengo en el parnaso centroamericano, quien esta noche será recibido como Miembro Activo del Ateneo de El Salva-

dor. A su sólida cultura humanística, que lo hace acreedor al título de doctor honoris causa, Arce y Valladares auna fácil expresión, donosa en la prosa y delicada y armoniosa en el verso. Laureado en muchas ocasiones en torneos nacionales centroamericanos, quien este día quedará definitivamente incorporado como Miembro Activo de la Institución, es autor de muchos trabajos, tales como «Romancero de Yndias», «Romance de las Barriadas» y «Estoria del Arca Abierta», escritos los más con el sabor de la vieja lengua castellana, en el romance que otrora se hablara en la península hispánica y que llegara al nuevo continente, como precioso legado para la posteridad, con los bravos conquistadores iberos y misioneros españoles que fincaron la civilización y la cultura occidental en estas latitudes.

Uno de los ex-Miembros Activos que esta noche ingresan a la categoría de Miembro Honorario es Monseñor Luis Chávez y González, tercer Arzobispo de la Diócesis de San Salvador y, por consiguiente, la más alta autoridad eclesiástica del país. Monseñor Chávez y González hizo su ingreso al Ateneo de El Salvador, en concepto de Miembro Activo en agosto de 1940, habiendo disertado sobre «Saulo de Tarso». En su notable conferencia, el antiguo cura párroco de La Merced abarca, desde el punto de vista teológico, como la función del hombre que, en un servicio activo, trata de hacer el bien ecuménico.

El otro ex-Miembro Activo que hoy se incorpora como Miembro Honorario de la Institución es el doctor Julio Enrique Avila, actual Decano

de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma. Es el Dr. Avila una de las columnas más firmes de la intelectualidad centroamericana. Hizo su ingreso enriqueciendo la bibliografía salvadoreña, con su libro «Fuentes de Alma»; pero su libro de mayor trascendencia en la evolución histórica literaria salvadoreña es «El Poeta Egoísta», publicado en 1915, en el que se revela, según estudio crítico de nuestro actual Presidente, poeta y escritor don Juan Felipe Toruño, como precursor del movimiento de vanguardia en nuestro país y como uno de los adelantados en este aspecto en Centro América. «Vigía sin Luz» vino más tarde, siendo un poema en prosa con atisbos a la novela. Luego «El Mundo de mi Jardín», que prologara el malogrado maestro don Juan Ramón Uriarte, Y últimamente, de más proyección internacional, «Himno sin Patria», que es un canto de alerta a la fraternidad humana, El Dr. Avila llevó la representación del Ateneo de El Salvador a Sevilla, España, en ocasión de una Exposición Internacional del Libro. Ha representado al país en otras justas del espíritu y ha desempeñado importantes cargos públicos, tales como Subsecretario de Instrucción Pública y Canciller de la República en 1944.

Tales son, pues, los distinguidos intelectuales, a quienes brevemente he tratado de presentar, que hoy hacen su incorporación al Ateneo de El Salvador, institución de prestigio hemisférico y extra-continental, con casi 38 años de vida activa y laboriosa.

Jorge Lardé y Larín.

JUAN COTTO, Poeta Lírico

*Discurso de Don Manuel José Arce y Valladares
al ser incorporado Miembro Activo del
Ateneo de El Salvador, el 18 de marzo.*

MUCHO han debatido los comentaristas de Platón, en torno de aquella ocurrencia suya de extrañar a los poetas de su república ideal. Razones muy respetables tendría el buen filósofo para adoptar esa medida, tan propia de los gobernantes de todos los tiempos para aplicarla a los elementos no gratos. Según opinión generalizada, en el caso de los poetas, siempre resulta una medida de prudencia por lo revoltosos que son bajo su aparente pasividad, tremenda es la causticidad de sus sátiras, prodigada en pasquines y panfletos y la experiencia ha demostrado que han sido los poetas los generadores de las revoluciones sociales.

Mas lo cierto es que desde antes de Platón, los poetas, los pobres y siempre mal traídos poetas —pese al lirismo con que contemplamos las edades antiguas— son los proscritos de todas las repúblicas y de todos los reinos de este mundo. Hombres suspendidos entre el cielo y la tierra, en obligada dubitación, siempre han tenido que optar por la virtud del término medio y quedarse en las nubes. Y ni siquiera en las nubes pueden vivir. Urgencias materiales

les reclaman de continuo y la aspereza de las realidades castiga la hipersensibilidad de su espíritu. La reacción inmediata y natural es en ellos la fuga, la elevación hasta los mundos de la fantasía; pero, hombres al fin, no están dotados de las alas de los dioses y la cera se derrite con el sol. Sobreviene la caída, el choque brutal, la inadaptación por consecuencia y la proscripción por añadidura.

Para el hombre corriente, el hombre *standard* —perdón por el empleo de este vocablo con que queremos significar de paso que ni la producción en serie es cosa nueva—, tiene que ser el poeta un sér extraño al equilibrio de la sociedad. Un loco. Y como un loco hace un ciento, según el unánime parecer de Sancho, aislarle es una aconsejable medida de prudencia y castigo quizá más duro que el destierro. De ahí que Platón, conocedor de los hombres, y sobre todo de los poetas, les extrañara de los términos de su república. Aunque a buen seguro con tal medida conciliatoria favorecería más a éstos que a aquéllos.

No es posible, sin incurrir en grave pecado de injusticia, exigir a

la generalidad de los hombres el amor y la respetuosa veneración para el poeta —y al decir poeta abarcamos al artista en general—, porque sólo suele amarse lo que se comprende. De ahí la sublime aspiración que encierra este principio: amarlo todo para comprenderlo todo. Quien dijo tal tenía que haber sido un poeta, o un santo, porque el artista como el santo, por los caminos del amor llega siempre a la comprensión de las cosas; y siendo comprensivo en grado sumo es siempre incomprendido por los demás.

Y así ha vivido y vive siempre, a ratos en sus cielos, a ratos en la tierra; aislado porque quienes le rodean le hacen el vacío; y aislándose él mismo de esos que le aíslan, para poder reconcentrarse en la profundidad de altura de sus mundos interiores, de sus universos de espejismos.

(Se nos antoja aquí dejar suelta una interrogación entre paréntesis: ¿Esta vida real, amada con toda el alma por nuestros sentidos, tan fugaz en la durabilidad de la materia, no es acaso más espejismo, todavía más espejismo, que los de los poetas más ilusos?)

De los universos creados por el artista —creados y vividos por él, aun entrando por la puerta falsa de los paraísos de artificio— siquiera queda perdurando en la ilusión del tiempo, plasmada su vibración emocional en una obra de belleza.

Mas la tragedia del que ha nacido bajo el divino madrinazgo no estriba en una condición de superioridad ahogada por las hostilidades del mundo en que vive. Consiste

en que es sencillamente un hombre como todos los demás. No en ser poeta y además hombre; sino en ser hombre, y además poeta.

Al comprender esta verdad estamos a cubierto de sorpresas y de espavientos para poder explicarnos humana y sobrehumanamente las contradictorias actitudes que algunos seres adoptan ante la vida, tratando de acondicionar las realidades a las figuraciones de su ensueño.

Para sentir la belleza de la obra de arte y vibrar bajo su influjo maravilloso, nos basta con la percepción del alma del artista, a través de los sentidos. Pero un profundo sentimiento de gratitud nos mueve a indagar acerca del creador de esa obra, para sentir con mayor intensidad la íntima relación de alma a alma, por encima de las limitaciones de espacio y tiempo.

Al buscar el conocimiento íntimo de un autor, no es bajo el acicate de una malentendida curiosidad, sino de una mejor comprensión de aquel que, al hacernos el regalo espiritual, se acercó a nosotros por delicadas rutas de emoción.

Se dirá que en el artista hay un manifiesto narcisismo, que produce la belleza por propia delectación y que al dar a los demás la comunicación de su alma busca recompensas admirativas. Mucho de verdad puede haber en todo eso; pero para quienes hemos recibido el beneficio de la transmisión de un elevado estado de alma, significa un noble deber de gratitud acercarnos al artista para consolarle en su condición de hombre, y al hombre para venerarle en su condición de artista.

Es decir, para comprenderle de manera integral.

Para la curiosidad comadrera es grato entretenimiento hurgar en la ajena vida, yendo a caza de flaquezas, para luego condimentarlas en la sabrosa comidilla del escándalo. Pero para el afán de conocimiento integral no media ese bastardo apetito; por anticipado se lleva la comprensión de las demasiado humanas debilidades, para hallar su clave en los puros anhelos de una alma que, atormentada por su sed insaciable, se lanzó en busca de las fuentes a campo traviesa.

El poema, la sinfonía, el lienzo, la estatua, imponen la majestad de sus riquezas emotivas; numerosas almas se detienen a contemplar, las demás siguen de largo. Entre esas que se detienen, muchas son las que al percibir tras los contornos armoniosos el alma creadora debatiéndose en el dolor de las caídas, vuelven las espaldas, perdido el encanto de la belleza misma; y pocos son aquellos que se acercan al dolor de esa alma, traspasando el umbral de las repulSIONES, para aquilatar con más exactitud las relaciones positivas y negativas entre creatura y creador, y valorarlo todo con amplia visión.

No intentaremos la defensa de los vicios como positivos factores en las creaciones estéticas; tampoco vamos a negar la influencia que ejercen algunas veces, ni vamos a dejar de comprender que en sobradas ocasiones fueron los paraísos artificiales generosos aunque equivocados refugios contra la implacable incomprensión y necesidad del mundo. Al menos recojamos reverentes el fruto

maduro y lozano que nos dió el árbol enjuto y bendigamos a Dios y al árbol por la merced de la dádiva.

* *
*

Viniéronsenos al magín las consideraciones que preceden, ante el caso harto frecuente de espíritus selectos que, no obstante sus méritos, quedan relegados en injusto olvido, porque sus pecados y pecadillos opacaron la belleza de sus creaciones ante los ojos de los filisteos.

¿Por qué no apreciar las cosas de manera contraria? Ver con ojos indulgentes al pecador y posponer sus yerros, dando primacía a la contraposición de sus virtudes.

En la república federal de las letras centroamericanas, muchos poetas de mérito han sido condenados al ostracismo; y no por ceñirse a la teoría platónica, sino por hacer prevalecer con juicio pacato las debilidades del hombre sobre las excelencias del artista.

Tal acontece con Juan Cotto, uno de nuestros líricos mas destacados, de quien apenas si se habla alguna que otra vez entre nuestras gentes de letras; cuyos poemas son desconocidos para la generalidad; y si por abí alguien tiene noticia de su existencia, tiene también presente, no una estrofa, sino alguna picardihuela, o esta o aquella pecaminosa aventura del poeta.

Es verdad que las tales no dejan de tener interés como material puramente informativo de aquella compleja personalidad, aun cuando no se trate de estudiarla con la fría

precisión científica. Los rasgos anecdóticos suelen ser apreciables venenos para el conocimiento de los caracteres, porque reflejan estados anímicos en que el individuo se despoja de todo convencionalismo.

En Juan Cotto las excentricidades tenían un valor complementario de su poesía. Dotado de fino temperamento emotivo y pasional, de fantasía pronta al desbordamiento y de innegables aptitudes poéticas, desde las primeras correrías de muchacho sintió que si el espíritu no le cabía en el cuerpo, menos podría caber dentro de los apretados límites del pueblo, en donde apenas si podía encontrar como semilleros emotivos la algarabía loca de las campanas echadas al vuelo, las densas y cambiantes volutas del incienso que traspasábale el alma con sus esencias místicas, la meliflua voz del armonium en la Misa mayor, los techos rojos punteados de palomas y la música del río, que él contrapunteara chapoteando en sus aguas, en sus frecuentes escapatorias de colegial.

Hermano gemelo de su inquietud lírica fué su delirio de grandezas que le empujó del rincón provinciano a la capital, y de aquí a un horizonte más amplio y propicio para sus alas: México. Pero aún allá, y no obstante haber hecho apreciar su talento entre los de primera categoría, su desmesurado afán de grandeza llevábale a extremos de audacia inconcebibles, para sentir en real vivencia sus desbordados ensueños, aunque fusra dentro de la fugacidad de unas pocas horas.

Pero no nos anticipemos...

Todavía se recuerdan por ahí entre interjecciones de escándalo muchas de sus aventuras de muchacho glotón, sensual y desatentado, en que los santos mandamientos de la Ley de Dios fueron puestos como no digan dueñas...

Iniciábase ya el poeta en el manejo de sus cuadrigas, husmeaba por las redacciones de los mentideros cotidianos en pos de la gloriola de las letras de molde y rodeaba su fanfarronería adolescente con el áureo resplandor de sus mentiras vitales.

Un día lió sus bártulos y dió en la ciudad de Guatemala, recién sacudida por la violencia de los terremotos de 1918 y 1919. Llevaba su modesto hatillo más cargado de sueños que de otra cosa, una hermosa voz de sochantre y el geniecillo inquieto y revolvedor bulléndole en el cuerpo. Allá encontró la hospitalidad de Arévalo Martínez, el atormentado poeta, autor de «Los Atormentados» y de «Las Rosas de Engaddi», el profundo contemplativo, rara mezcla de fakir y de místico cristiano y uno de los espíritus más diáfanos de América; varón de parquedades ascéticas, pese a su séptuple paternidad; que se embriaga con las esencias de Juan de la Cruz y Teresa de Ávila, que luego compare los duros manjares de Nietzsche, se materializa con Freud, para caer a la postre en el Nirvana vago del catiléptico fakir de Herrera y Reissig.

La permanencia de Cotto en casa de Arévalo Martínez tuvo al principio la atracción de los elementos contrarios. Aquel mocetón fuerte, de exuberancia primaveral y cara

de angelote, que entonaba salmos con unciosa voz de barítono, fué como regalo de vida de una mañana de sol para el poeta de la magra figura y de las conturbaciones espirituales. Pero no tardó mucho el encanto. El mozalbete no podía avenir su natural glotón con la parquedad habitual de la mesa de Rafael, diz que consistente en la inconsistencia de las dietas hospitalarias. A más de esto el inquieto muchacho comenzó a hacer de las suyas, encarnando a los revueltos y regocijados héroes de la jacarandina, que tan gallardamente desfilan por las páginas de la picaresca.

Al fin salió de aquel hogar dejando el recuerdo de una serie de diabluras agrandadas por la murmuración de las gentes gárrulas, que cada día llevaban al anfitrión renovado material de chismografía decorado con magnificencia escandalosa. Entonces lo que fuera simple gula de muchacho glotón, a los ojos del frugalísimo poeta adquirió las proporciones desmesuradas de la voracidad troglodita, dejando el campo propicio para la aceptación de las acusaciones más graves.

La imaginación de un poeta no ha menester de acicates poderosos; basta con el más leve toque para desatar torrentes. Cómo no iba a desbordarse la de Rafael, avivada de continuo por las exageraciones de sus visitantes; siendo como es de suyo, en extremo sensitivo. crédulo hasta el candor infantil y febrilmente fantasioso...

Juan siguió su peregrinar hacia la Tierra Prometida, su ensoñado México. Allá fué a vivir días aza-

rosos, llenos del heroísmo hambriento que se encubre bajo las apariencias de un buen traje; en que hay que simular hartura con un presuntuoso palillo de dientes; y que tras alternar con señoras de sedas y palacios, apenas si se descansa en la descomulgada y maloliente yacija del mesón.

Juan siguió su peregrinar, pero quedó en Guatemala, agrandado de maldades en el recuerdo de su amigo.

A vueltas de tiempo, la alborotada permanencia de Cotto en casa de Rafael fué vertida en un libro, bajo la influencia inspiradora de Porfirio Barba Jacob. Fué una conjunción de fantasías exacerbadas. La de Arévalo Martínez, por la trápala del vecindario; la de Barba Jacob por la intensa conmoción de los estupefacientes. Esas fueron las fuentes de «Las Noches en el Palacio de la Nunciatura», la novela que produjera tan profunda impresión en la sensibilidad de Juan por los trazos de exagerada coloratura demoníaca con que se le pintara, identificándole con Meruenda, el protagonista. No era para menos el sentimiento del poeta. El tal Meruenda resultaba un abominable espécimen, súbdito honorario de la corte de Luis de Baviera; caballero de industria, de hiperbólica glotonería y poseído de los demonios.

Y a propósito, se nos vienen caudales de recuerdos en torno a la novela de Rafael. Cómo el poeta, obsesionado por la idea de la muerte, entregábase en cuerpo y alma al cultivo de su neurosis. Señalaba sus calendás en el tiempo en que co-

menzara a morir; y lejos de toda actividad —hasta de la literaria— sólo preparábase para el terrible momento de todos, leyendo y releiendo a Tomás de Kempis y toda clase de manuales del perfecto agonizante... En tal estado hallábase cuando Barba Jacob hicierale las terróricas narraciones.

Años después reaccionó por milagro y hasta pudo hacerse cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional. Allí, a instancias de su secretario reintegróse a la literatura, renovando el entusiasmo con que en su juventud escribiera «El Hombre que parecía un Caballo». Entonces el vivo relato que hiciérale Barba Jacob, con aquel lenguaje suyo, tan poéticamente colorista y sugestivo, de los fenómenos metapsíquicos ocurridos en su casa de México durante su convivencia con Cotto, revoloteóle en círculos de aquelarre y de su mente pasó al papel.

Rafael era ya otro hombre. Tras los espejuelos chisporroteábanle los ojillos miopes en plenitud de vida.

Y se nos viene a las mentes cómo fué eso del nombre de Merienda.

Por esa época era huésped de Guatemala Antonio Rey Soto, el insigne dramaturgo, presbítero y poeta español que dejó la honda huella de su talento y su cultura en el ambiente intelectual del hermano país. En su casa de gran señor operóse el milagro de la cohesión de los hombres de letras, en amenísimas veladas. Rey Soto era asiduo visitante de la Biblioteca y hasta el saloncito de la Dirección llevábale al poeta el to-

rrante alborotador de su charla, sacudiéndole saludablemente, como una corriente voltaica.

Después de muchos aplazamientos, Arévalo concertó con Rey Soto la lectura de su novela inédita, en casa de éste, para una mañana dominical. Fuimos a esa reunión con Arévalo y su secretario. Desde que llegamos, Rey Soto, tras los abrazos de siempre en torrencial efusión de cordialidad, dijo al poeta señalándole el cartapacio:

—¿Con que esa es tu novela? Pues chico: antes que me acuchilles te acuchillo yo!

Diciendo y haciendo, en un santiamén le echó encima al poeta una gruesa manga de lana quezalteca, le imprimió a su frágil corporeidad un fuerte movimiento envolvente y al dejarle liado como una breva, le empujó haciéndole caer tumbado en un diván.

—Ahora, oye—continuó—. Les leeré mi obra inédita «La Copa de Cuasia».

Su voz magnífica, llena y exaltada arrollaba nuestras almas en la lectura de aquel profundo tratado sobre el dolor. Extáticos, pendíamos de sus labios; olvidábamos la fugacidad del tiempo, precisamente en aquellas consideraciones de lo fugaz de la vida y de la permanencia del dolor en eternidad.

Arévalo, con los ojos entrecerrados, era el más abstraído. Parecíamos más deshumanizado en aquel envoltorio. Como que flotara en el submar de las propias fuentes del dolor, bajo los dorados reflejos del cristal de sus anteojos. Sentíamosle como a nosotros mismos, todo él

hecho oídos para no perder ni lo más leve de aquellos maravillosos capítulos, que fluían de los labios del lector como el armonioso rumor de los ríos. Ya estaba para finalizar el último cuando llamaron a la puerta feligreses que demandaban al sacerdote funciones de su ministerio.

Apenas había salido Rey Soto de la estancia, cuando Arévalo Martínez saltó desliándose, como a impulsos de una catapulta.

—Estoy agotado, clamaba. El padrecito me mata si sigue leyéndolo!

Hubo que hacer prodigios para calmarle. La continuada atención había liquidado sus reservas físicas. Cuando pasamos a la mesa su desquite fué proporcionado al cansancio. Parecíanos cosa de magia ver desaparecer las abundantísimas viandas en el teórico saco estomacal del incorpóreo Arevalito. No sabemos por qué, entre broma y broma le recordamos al protagonista de su novela.

Cuando algunos días después, ante el mismo auditorio leyó Rafael «Las Noches en el Palacio de la Nunciatura», Rey Soto lo interrumpió de pronto.

—Quítale a tu personaje ese nombre de José Gata. Es ridículo y no dice nada. Pónle Meruéndano. Así es de corpulento y de comilón—mi amigo Meruéndano. También tiene cara de angelote. Así es. Así es. Se llama Venancio Meruéndano. ¡Lo que se va a reír el amigo cuando lea tu libro!

Al sólo imaginar aquella risa, desataba la suya en torrente incontinente y comunicativo.

Arévalo se resistía; pero ante la insistencia del padre, transó, bautizando a su héroe con el nombre de José Meruenda.

—Si me gusta el nombre, decíanos después; es a propósito porque sueña a merienda...

Mas, volviendo a la impresión que en Cotto produjera la fantástica relación, recordamos el tono conmovedor de la carta que desde México escribiera al novelista, doliéndose sobre todo de la andrógina filiación del novelado. En la dedicatoria de un retrato sintetizábale así su propia vindicación: «A Rafael, tal como soy: fuerte, varonil y sensible».

La sola presencia de Juan proclamaba sus sibaríticas devociones por la buena mesa regada con los mejores vinos; todo él denotaba sensualidad; la sangre regaba copiosamente sus mejillas de arcángel de retablo, como las del niño que él mismo retrataba en la brevedad de su apunte. «Se está comiendo a sí mismo aquel niño en el jardín; se está comiendo un durazno rosado y rubio como él»... En el ambiente chismorrero de los mundillos literarios de México, clavávansele saetas irónicas porque frecuentaba la amistad de ciertos escritores y artistas de curiosas debilidades y rarezas. Mas es de todos sabido que la maledicencia literaria ha pesquisado con sobra de curiosidad en las vidas más ilustres —a veces siguiendo pistas falsas— para establecer desniveles hormonícos, y sacan a la luz de la plaza complejidades que sólo interesan a la psiquiatría. Además, no tiene el rigor de las verdades evangélicas la tan manoseada frase de Sancho, di-

me con quien andas... Lo de Heligábalo... éstos existen en todos los climas bajo los más respetables títulos de honorabilidad. Sobre los fenómenos metapsíquicos que se describen como fondo de la novela sabemos que los gacetilleros tuvieron un rico filón para la explotación amarillista. Los tales fenómenos se prestan a la duda, sobre todo cuando se conocen las tretas de los periodistas para monopolizar la atención del público. Además no es un secreto el hecho de que por aquellos días había tomado auge alarmante —especialmente entre los periodistas, bajo el pontificado del propio Barba Jacob— el uso y abuso de los estupefacientes, en especial del cáñamo indio o marihuana que casi llegara a convertirse en institución nacional.

Cuando Barba Jacob relataba a Arévalo Martínez las tremendas noches en el Palacio de la Nunciatura —venido a menos en la condición de casa de departamentos—, confesaba como la cosa más natural: «estábamos enloquecidos por la Marihuana... habíamos ingerido drogas nocivas exageradamente».

O lo que es lo mismo, sufrían alucinaciones producidas por la droga. Y hay que ver que las tales, como las que vienen aparejadas a las agudas formas del delirio alcohólico, mantienen por mucho tiempo su huella de horrores en el recuerdo, aun cuando se haya recobrado la lucidez de la razón.

Ahora, en lo que se refiere a la audacia de Juan Cotto —el infantito de la Buena Estrella, como le llamaba Barba Jacob— la cosa cambia.

Hacia las más despampanantes su plantaciones, militando en la andante caballería de la industria. Pero hasta en eso era *sui generis*. En una ocasión hizose honrar como alto dignatario eclesiástico, con toda la solemnidad de los trajes talaes, recibiendo genuflexiones y dsndiendo a diestra y siniestra. Otra vez se hizo pasar por el plenipotenciario de un gran país —con todo y presentación de credenciales— recibiendo los correspondientes homenajes en una recepción presidencial. ¿Audacia sin límites? ¿Inverecundia?

Lo que decíamos al principio. Eran sus mentiras vitales. El afán de hacer vivir realmente —aunque fuera en la fugacidad de unas pocas horas— al gran señor que había en él. Cotto fué siempre un señor de elegancias exquisitas, refinado por naturaleza, armonioso en el pensamiento, en el sentir y en la presencia innata. Un rasgo le pinta de cuerpo entero.

Cuando fuera huésped de Rafael, éste pudo darse cuenta de que Juan había sustraído unas medias de su consorte. La picardía figuró en la novela y cuando algunos años más tarde Cotto pasó por Guatemala con boato principesco, visitó cordialísimo a su viejo amigo y protector. Levábale una enorme caja con lujosos adornos de fantasía y discretamente aromada.

—Es un encargo que traigo para su señora, de parte de Meruenda...

Claro. El contenido de la caja era una buena provisión de medias de la más fina calidad de seda.

Conocimos en aquella ocasión a

Juan Cotto. El muchachón aquel de apenas 18 años que saliera de aquí con pocas letras y muchos sueños, venía ya de conquistar el mundo. Todo él resumaba pulcritud. Conversador amenísimo, embelesaba a sus oyentes, con no escaso caudal de cultura. Hecho a alternar con lo más selecto de la aristocracia social del pensamiento y del arte, nada tenía ya del provinciano de estas provincias. Vimos cómo en una tertulia conversara en desenvuelto francés con unas gráciles parisinas recién llegadas que no conocían el español. Amaba el arte de Beethoven y, tras hablarnos copiosamente de su música,

interpretó al maestro con limpia ejecución pianística.

¡Qué lejos quedaba aquel chaval de las trapacerías y las picardías de antaño! Ahora venía con una honrosa misión universitaria, un cimentado nombre en las letras y un delicado caudal de poesía lírica. Y qué sed aquella de volver a los lares nativos! Con su desenfrenado apetito de comilón insigne ubicado y fijado en capítulos de novela, anticipábase el deleite de devorar los amados paisajes del terruño. Su pintoresco Suchitoto salía del corazón al encuentro de sí mismo, derramándose en la frescura bemolada de las evocaciones.

«En una suavidad en que se ha roto
el encendido trópico, levanta
su gracia de paloma Suchitoto...»

Con eterna frescura virgiliana fluye esta delicada nota de alado matiz:

«Si una rosa se cansa de ser rosa
rompe el breve columpio de su vida
y en mi pueblo se vuelve mariposa...»

Así mantuvo siempre vivo el amor a la patria, alimentado y magnificado de nostalgias tiernas. Sin sacudirse la nacionalidad de una patria chica para adoptar la de un gran país, fué siempre, en todo, por todo, y sobre todo, salvadoreño. ¡Hermoso ejemplo el suyo ante los Essaúes que tan desaprensivamente cotizan su primogenitura!

Así se abrió allá las puertas de par en par e impuso la credencial de su talento como patente de corso para poder vivir a su manera, haciendo

de fantasía de las realidades y realidad de sus fantasías; tan admirado y bienquisto, que se le perdonaban todas sus extravagancias y audaces aventuras de trapalón, en gracia de las excelsas cualidades de amigo, de esteta, de delicado espíritu de selección que siempre le distinguió.

Y Cotto salvadoreño, abierta y públicamente salvadoreño, está considerado con justos títulos como un legítimo valor entre los grandes poetas líricos de México.

Pero —esto es lo incongruente

y penoso— mientras, permanece ignorado, totalmente inédito en El Salvador.

Oigamos lo que dice de él José Vasconcelos, en el prólogo de «Cantos de la Tierra Prometida» —obra póstuma del Poeta, editada por la Universidad Nacional de México—... «me propongo señalar a la atención del público, el caso noble y singular de este doble poeta, Juan Cotto, artífice del poema exquisito que estremece y conduce al éxtasis y poeta de la amistad oportuna, delicada, perfecta». Y refiere cómo el poeta adolescente, casi un niño, llegó a él: «Me dejó la visión fugaz de un joven alto, tirando a rubio y un tanto gordiflón, muy vivo y un poco azorado el mirar, huidizo y con ademán nervioso; tímido sin duda, como tantos que tienen el alma mejor dada que el cuerpo». Recuerda cómo Cotto se conducía entonces con el Vasconcelos Ministro: «Más tarde le hallo en una de aquellas agradables comidas en que nos reuníamos los hispanoamericanos. Su cara inteligente y franca, pasaba por entre los grupos, saludándome apenas, con tal reserva que llegué a creer que no deseaba acercarse... corrió el tiempo, salí del Ministerio... y cuando otros se alejaban, Cotto se acercó. Y lo hizo con gran delicadeza, como se acerca la admiración ennoblecida por el cariño».

Esa fué la actitud hermosa de nuestro poeta: tratar de suavizarle al ilustre caído las asperezas de aquel momento en que todos volvían las espaldas, hasta los elementos nuevos que él había formado. «Cotto, que era estimadísimo por su

don de gentes en los círculos diplomáticos», como afirma el maestro, en su nobilísimo empeño procuraba sacarle de su aislamiento, creándole contactos efectivos. Cuando Vasconcelos salió del país rumbo al destierro, Juan acompañóle hasta Veracruz y mantuvo con él una alentadora correspondencia.

Fué «el amigo cariñoso del ausente dispuesto siempre a transmitir todo lo bueno». Y comenta enseñada: «Las amistades de Juan Cotto son escogidas como las orquídeas en la selva»; y enumera a las más conspicuas personalidades en las artes, las letras y la diplomacia.

Acerca de la lírica de Cotto escribe Antonio Caso: «Estos poemas dan la impresión exacta de la intuición pura y del más claro éxtasis». «Es un artista para quien la vida guarda arcanos íntimos. Nació en El Salvador; más bien se diría mexicano. Nosotros así le queremos. Así lo deseamos». «Cierta nota exquisita, que vibra en los versos de Othón y Gutiérrez Nájera, decora con su aristocrática opacidad sonora, estos poemas ambulantes...»

Apunta la presencia de Juan Ramón Jiménez, más a renglón seguido afirma: «Pero Cotto es el mismo. Su arte se nutre de su propia virtud».

Tal fué este hombre de apresurado vivir, múltiple en las altas y positivas cualidades del alma humana; que si se desbordó por rumbos contrarios, fué siempre tras el señuelo de las emociones puras, de ser lo que hubiera querido ser; de arrebatarse a la vida sus tesoros de emoción, de esplendor y de belleza, como

si presintiera la cortedad de sus días.

Después de veinte años, aún vibra en nuestro recuerdo el claro metal de su voz al declamar aquellos versos suyos, como saboreando la miel de sus tonos menores. Poesía depurada, deliciosamente musical y colorista, en que la emoción florecía

en sugerencias. Dábanos la impresión del gozo íntimo del artista al descubrir un armonioso acorde. A veces parecíanos que el poema quedaba trunco en su levedad; pero alma adentro sentíamos siempre la vibración emotiva poniendo lo demás.

He aquí estos delicados poemas de Juan Cotto:

Nocturno en Pazcuaro

Rema suave, suavemente.....
No rompas los luceros
que en el fondo del agua están dormidos!

—Dueños somos, amigo, del secreto
que en el más puro amor tienen las almas.

Alza la mano, guarda el remo.....
¡No sea que se rompan los cristales
que guardan el tesoro de la noche!

Balada del Primer Amor

¿Por qué llora la niña? No acaba de llorar...
¡Hay niños en el bosque que juegan sin cesar!

Está azul la mañana y huele el prado a anís,
ha cumplido trece años y quiere ser feliz!

Me hace sufrir la niña que no quiere jugar,
¡Parece una muñeca que quiere conversar!

Baja del coche y saca, temblorosa, un papel...
¡ah, si lograra ver lo que está escrito en él!

Está azul la mañana y huele el prado a anís,
¡ha cumplido trece años y quiere ser feliz!

Mayo traerá mañana lirios de pubertad...
¡La niña ha visto un niño que es de su misma edad!

Acción de Gracias

Porque hay un canto en los más altos árboles
y está la claridad del cielo, intacta,
en las oscuras aguas del pantano...

Porque en la suavidad de un brote nuevo
siente el manzano modelar las mieles
de los rubios panales de la abeja...

Porque está la Creación abriendo rosas
y el mar sigue en las rocas sustentando
los signos del Principio Innumerable...

Porque yo soy un juego de tus manos
lo mismo que una cauda de luceros...
¡Gracias te doy, Señor!

Tercetos de Cuzcatlán

A mi pueblo, este tierno pensamiento de Shakespeare:

«Oh, no digáis nunca que fué infiel mi corazón, aunque
la ausencia pareciese apagar mi llama!»

En una suavidad en que se ha roto
el encendido trópico, levanta
su gracia de paloma Suchitoto.

De dos cosas eternas la osadía
de este pueblo feliz toma divisa:
del mar azul y del manto de María...!

Si una rosa se cansa de ser rosa
rompe el breve columpio de su vida,
y en mi pueblo se vuelve mariposa.

Partes—si hueles—el color que esconde
en espeso botón la pomarosa...
(En esto hay una voz que no responde).

Peina luceros con la luna nueva
en fácil canto la amorosa lira,
y en todo afán a casto amor te lleva,

Dora octubre la miel en sus panales
y fatiga con nísperos mi gula
de exaltadas fragancias tropicales.

En las noches de luna, en el tejado,
se oye un grillo cantar. Grillo que espanta
un elástico gato enamorado.

La torre de la iglesia, en las mañanas
de la Pascua Florida, llega al cielo...
!cualquier ángel repica las campanas!

¡Universo menor! Claro horizonte
que me enseñas en paz, sencillamente,
que todos los caminos van al monte...

CONTESTACION

*El Miembro Activo, Presbítero Miguel Román Peña
contesta a nombre del Ateneo de El Salvador
el Discurso del Sr. Arce y Valladares.*

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor
Arzobispo de San Salvador.

Honorable Señor Decano de la Fa-
cultad de Humanidades.

Ilustres Miembros del Ateneo de
El Salvador.

Dignos Caballeros.

Distinguidas Señoras y Señoritas:

No tengo otro título para dejar
oír mi voz en este recinto, donde es-
tán reunidas cumbres del pensa-
miento, que el honor que se me ha

conferido al autorizarme para decir
mis impresiones ante la interesante
y sugestiva semblanza que, a modo
de credencial para traspasar los pórti-
cos del Ateneo y llegar a la zona
de la alta espiritualidad y delicado
sentimiento, nos ha presentado hoy
el eximio escritor y poeta Manuel
José Arce y Valladares.

Sé que no estoy hablando a
una asamblea de lacayos. Aquí, en
en esta lírica selva, están los disci-
pulos del universalista y libérrimo
Pablo de Tarso; aquí están los que
analizan la prominencia mental de

Así como es la vida, así es la
muerte, reza la sentencia. Juan con-
firmó el aserto. Vivió soñando con
el fausto de una vida de grandezas y
haciendo real el señorío de su espí-
ritu, en el esplendor de los salones
aristocráticos. Y así murió, rodeado
por las más esclarecidas personalida-
des de México. Se dió tonos prin-
cipescos; y siéndolo en las letras,
murió como un príncipe.

Manos episcopales bendijéronle
en su lecho de agonizante; con sagra-
das manos ungiéronle con óleos san-
tos y delicadas manos de mujer, bri-
llantes de joyas y de aristocrática
blancura, cerraron sus ojos.

Doce años hace que los bronces
de la suntuosa catedral mexicana por
él tocaron a muelto con doloridos
acentos.

Y hasta aquí, apenas si llegó
remotamente el eco...

Hemos querido hacer la reme-
moración de este gran poeta salvado-
reño, desconocido en El Salvador,
deseosos de que reciba su memoria
el homenaje que merece. De que
se le depure de malentendidos y se
le haga justicia. Y nada más oportu-
no que exitaros a vosotros, queri-
dos compañeros, para que llevéis a
cabo esa reparación.

Hegel, como aquilífero del filosofar germano, y los que admiran la torre de luz que Descartes levantara, con su duda metódica, para belvedere de la crítica del conocimiento. Posible es también el acto de presencia de los partidarios del culteranismo gongoriano modificado, y los del conceptualismo sutil de Quevedo.

La «Visión del mundo» de Ciro Alegría, Ariel y Juan Cristóbal, están representados bajo estas grécas y encajes de similar y entusiasmo. Y bien está porque en esta exedra de las Letras salvadoreñas, los brazos se abren como paréntesis de amor y comprensión para recibir al peregrino de todas las Escuelas, porque son ellas rutas del ideal hacia la Jerusalén de la sabiduría y la belleza.

El alcance del Ateneo es amplio. Propende a ennoblecer el alma nacional con esencias de sabiduría y absintios victoriosos de sentimiento; y por tanto recoge el perfume lejano de las rosas de Ispahán, magníficas de frescor y nostalgia celeste, sobre el sepulcro de Hadfíz y de Avicena. Corta solícito las dalias que cubren de ocre, rosalina y púrpura, el sarcófago de Sor Inés de la Cruz, y guarda en el joyel del corazón patrio el recuerdo de los Próceres y sabios nuestros, que se yergue glorioso sobre mármoles de gratitud.

Y es en esta dársena de la cultura que se nos ofrece el vaso de oro, colmado de divinidad y mieles de Galaad, para los iniciados en los goces del más puro humanismo. Pregustación de ese néctar es ahora la biografía de Juan Cotto que Arce y

Valladares ha presentado, con evocaciones de Carlyle y reminiscencias de Esteban Sweig, tal es de impresionante cuanto discreto el perfil con que aparece diseñado, con matices de bohemia y afinidades de Lord Byron, el poeta de la leyendaria y recatada Suchitoto.

Según precepto de Dante, el poeta, el orador, el maestro y el artista, deben ser «una luz intelectual plena de amor».

Esa es la razón porque Arce y Valladares, con exquisita eubolia y sicología franciscana, desprende a Cotto de los jardines de Licinio Lúculo y hace su etopeya; señala su afición a las bien avitualladas alforjas de Sancho y exhibe la gran inquietud espiritual que dentro de sí llevaba.

— Pero luego descubre que, bajo de aquellos harapos de paganidad individual, están latentes realidades de armonía, posibilidades de cima, porque en él se agitan alas para remontar alturas y anida el alma de semidiós con ansias de superación y ensueño.

Errar de clima en clima es un instinto: en ciertos genios como en ciertas aves —dijo Díaz Mirón—. Juan Cotto siente ese impulso y se marcha a la señora Guatemala; y bajo la magia del Petén y del romance colonial, canta sus endechas y ofrenda sus rimas como si fuesen plumajes del quetzal esparcidos por el viento.

México atrae a Cotto y se va tras sus encantos, multánime y optimista, para mostrar allá su capacidad mental en diarios y revistas. Es ante el prodigio de la arquitectura

barroca, en que está plasmada la cultura hispana en el misterio del alma indígena; es ante la deliciosa fascinación de los canales, ríos y montañas nevadas, que entona sus más dulces cantares. Diríase una oropéndola de Cuscatlán posada en el nopal azteca.

De todo ello Arce y Valladares nos hace magistral esbozo, con galanura de estilo y erudición tales que esas páginas son dignas de escribirse en vitelas de Córdoba y de la agarena Mequínez. Su ático decir, su poesía, es a veces como una sentida tristeza de Balart en «Dolores», o como un poema afable y delicado de Emilio Carrere.

Mi admiración por los poetas es sincera; ellos son los ungidos de la inspiración que, entre la bruma sagrada, offician en el altar de la belleza y depositan ahí holocaustos de alegría y la angustia inmensa de las almas.

Para significar mi entusiasmo, quisiera que mi palabra fuese cincelada en oro y caoba, como dos marcos desprendidos de los salones de aquella protectora de las Letras, la hermosa cuanto inteligente Madama Recamier, para poner en ellos la figura del trovador a quien mecieron su cuna las brisas del Lempa, y la de su erudito biógrafo que supo descubrir «al gran señor que había en Cotto».

Ilustre auditorio: os agsadezco vivamente el favor que me habéis hecho, en estos momentos, de oír mi

humilde palabra. Como os dije al principio, no tengo más título que mi antigüedad en pertenecer a esta Asociación.

Fue por 1910, en la ubérrima y gentil Zacatecoluca, cuando nos reuníamos con el distinguido pedagogo Timoteo Liévano, con José Dolores Corpeño y Carlos Javier Guerrero para departir acerca de la fundación del ATENEO DE EL SALVADOR,

¡Han pasado ya tantos años!

Las ruinas son hijas del tiempo, Sin embargo, por sus resquicios brotan entusiastas los alielés del recuerdo. Las ruinas tienen alma que sabe bordar ilusiones en el azul de las lejanías.

Feliz augurio es para la Patria que, bajo la sombra de Sócrates y Euclides, al resplandor de Alberto Magno y Agustín de Hipona, vengan a este Cenáculo hombres amantes del bien decir, del generoso padecer y del recto pensar; los que saben tañer la lira y el salterío, y los descendientes de aquellos artistas que Salomón pidiera al Rey de Iram, para que con el nivel y la plomada levanten girdaldas del arte y cultiven rosaledas de luz.

En su corazón y en su pensamiento se espigarán el nardo y el trigo con que se amasa el pan ázimo de la esperanza y la verdad.

He dicho.

Miguel Román Peña:

Marzo—1950.

AGRADECIMIENTO

El Arzobispo de San Salvador, don Luis Chávez y González, agradece la distinción que se le hizo al otorgársele el título de Miembro Honorario

Honorable Señor Presidente del Ateneo de El Salvador,

Distinguida y culta concurrencia,

Honorables Miembros del Ateneo:

Llamado a ocupar un puesto de honor en esta prestigiada Institución del Ateneo, deseo hacer en esta hermosa ocasión una reminiscencia de mi discurso de ingreso como Miembro Activo, allá por el año de 1940.

El nombre de la Institución «Ateneo» evoca en mí a la capital de Grecia, centro de las ciencias y de las artes en aquellos remotos tiempos de la antigüedad unidos a los actuales por los finos y sutiles lazos de la cultura.

Y la circunstancia de estar en mi persona la representación de la Iglesia y la sucesión apostólica, que ha motivado mi exaltación a Miembro Honorario, me recuerda el momento en que el apóstol de las gentes San Pablo se presentó en aquella capital y en su sección pudiéramos llamar cerebral del Areópago.

Sólo que en estos momentos suceden las cosas a la inversa:

San Pablo no fué llamado, sino que él mismo se presentó autorizado

por quien tenía en sus manos todo poder en el cielo y en la tierra, su Señor Jesucristo, y venía a predicar en El, precisamente a aquel Dios desconocido a quien subiendo por una de las rampas vió dedicado un altar con ese título.

En cambio ahora es Atenas y su Areópago representado por vosotros Honorables y distinguidos Miembros del Ateneo de El Salvador el que reconociendo al Dios de San Pablo y fundador de su Santa Iglesia quiere honrar y llamar a su seno en mi persona; porque no reconozco otro mérito para esta mi exaltación de Miembro Honorario.

Os doy, pues, las gracias en nombre de quienes represento y me atreveré a felicitaros al mismo tiempo del espíritu que en ello habéis mostzrado aún en orden de vuestra conservación y verdadero progreso.

Porque en los tiempos que corremos de la filosofía de la nada, de la muerte y de la angustia en la que ha venido a caer el pensamiento humano desplazado de los dos quicios de la razón y de la fe, es cordura honrar a la institución milenaria de

nuestra Madre la Iglesia que el mismo Dios ha fundado y puesto en el mundo para orientación, conservación y progreso de cuanto verdadero, bueno y bello en él existe.

«Como a razón, diré repitiendo las palabras del gran León XIII, claramente enseña que entre las verdades reveladas y las naturales no puede darse oposición verdadera, por lo mismo dista tanto el magisterio de la Iglesia de poner obstáculos al deseo de saber y al adelanto de las ciencias o de retardar de algún modo el progreso y cultura de las letras que antes les ofrece abundantes luces y segura tutela».

«Buena es, mirada en sí misma y laudable y debe buscarse la elegancia de la doctrina; y toda erudición que sea originada de un juicio recto y esté conforme con la verdad de las cosas, sirve no poco para ilustrar las mismas cosas que creemos por revelación divina».

«El hecho es que a la Iglesia se deben estos verdaderamente insignes beneficios: el haber conservado gloriosamente los monumentos de la antigua sabiduría; el haber abierto por todas partes asilo a las ciencias; el haber excitado siempre la actividad del ingenio fomentando con todo empeño las mismas artes de que

toma ese tinte la cultura de nuestro siglo».

Muy lejos andaban los filósofos del Areópago de sospechar que aquel hombre pequeño, de ojos vivos que ante sí tenían y citaba a sus poetas, era el representante de la sociedad llamada a heredar, purificar y transmitir hasta nuestros tiempos los tesoros de su cultura.

Y no la mostraron muy grande al burlarse de él al oírle hablar de resurrección con la burla de la ignorancia satisfecha de sí misma o previsora de su derrota.

Auras de resurrección, esperanza para la vida, orientación segura para marchar por ella, ved lo que honráis en la Iglesia Católica, y cierto que ese clima es el más a propósito para que el Ateneo de El Salvador perpetúe su bella florecencia y opimos frutos de verdadera cultura,

Es cuanto os deseo de lo más íntimo de mi corazón agradecido por el honor que me dispensáis.

* Luis Chávez y González

Arzobispo.

San Salvador, marzo 18 de 1950.

Laborar por la unidad de los hombres, del pensamiento y del arte es solidarizar, en acción, los basamentos de la cultura.

RECONOCIMIENTO

Palabras del Doctor Julio Enrique Avila, al recibir su Diploma de Miembro Honorario del Ateneo de El Salvador

Señor Presidente del Ateneo de El Salvador,

Señoras, Señores:

Cerrando oídos a la conciencia, que me grita que no soy acreedor a la honra que hoy se me confiere, quiero rendir mi gratitud a los directivos de este centro de cultura, quienes de manera altiva y persistente realizan su callada obra de salvación,

Poco se aprecian en nuestro medio las campañas que no van arropadas con los colores vistosos de la propaganda o de la demagogia, esas campañas silenciosas, que van abriendo en los socavones del espíritu ventanas para la luz del cielo. Pero a la distancia en el tiempo, se admira la obra que levantaron con voluntad indomeñable los artistas del pensamiento o de la acción, el milagro que lograron los hombres fuertes aureolados por la fé:

Hora es ya de hacer público reconocimiento de la noble labor que este Ateneo ha venido realizando, día a día, año con año. Ha sabido cumplir con la misión que su nombre proclama: «elevar el nivel cul-

tural y espiritual de los hombres», haciendo honor al sentido estricto de la palabra Ateneo: «Santuario de la Diosa Minerva», símbolo de la cultura ateniense, cuando Atenas era la brújula que guiaba los pasos del mundo.

Mientras la humanidad del Siglo XX, destrozada por dos guerras, con el alma hecha girones, desorientada y cobarde, busca ansiosa un madre que la salve del naufragio, algunos espíritus valerosos han mantenido el ideal de la cultura como único medio de redimirse, firmes bajo la tormenta, apóstoles ignorados de la fraternidad y de la paz. El Ateneo de El Salvador se ha alistado en ese ejército sin fusiles, en ese ejército del desinterés, que no posee más armas que la comprensión y más coraza que el amor. Por eso, sobre todo por eso, haciendo a un lado el halago que todo hombre sensible siente cuando se le enaltece, quiero repetir mi gratitud para sus miembros, soldados en la lucha por la redención del espíritu. Mil gracias.

He dicho.

Julio Enrique Avila.

“La obra naturalista de Goethe”

Comentado por el Pbro. Vicente Vega y Aguilar.



Dr. José E. Muñoz

Miembro Correspondiente del Ateneo de El Salvador en Quito, Ecuador.— Distinguido hombre de letras, ensayista y servidor de las altas y prominentes causas de la cultura y quien escribió un estudio acerca de Goethe y que aquí comenta el presbítero Vicente Vega y Aguilar.

Así ha titulado una brillante conferencia, el eminente Dr. ecuatoriano Prof. José E. Muñoz, de la ciudad de Quito, quien a la vez, tuvo la gentil correspondencia, previa invitación que se le hiciera, de enviarla al Ateneo de El Salvador,

para que fuera leída en el acto conmemorativo que esta entidad intelectual organizara con motivo del bicentenario del nacimiento de Johan Wolfgang Goethe.

Por designación del Ateneo, tocó al autor de estas líneas, leer el precioso trabajo del Doctor Muñoz, aquella noche de grandes alcances literarios y filosóficos.

Digna de comentarse es la conferencia del Dr. Muñoz, pues su lectura que abarcó dos partes, constituyó lo protagonista del acto de Ateneo sobre la personalidad científico-literaria del gran filósofo alemán,

A medida que comenzamos a meditar en este discurso, apreciamos la introducción biográfica que el autor nos brinda; pero con tanta elevación, con una síntesis tan suya, que pareciera ser Goethe para el Sr. Muñoz, su autor preferido, su frase admirada y digerida con tan óptimos frutos, que hace pensar en que fuera un cronista de su época. Revela el Dr. Muñoz, un interés en Goethe, que al rededor suyo, han podido acumular otros autores, tomando de sus delicados juicios, todo lo plausible y convincente que hayan escrito en su favor, o en contra de una crítica esclarecente, acerca de su rara subjetividad.

Va titulando los capítulos de su conferencia en formas tan interesantes, que al terminar uno, se abren nuevamente los ventanales de la curiosidad, para leer el siguiente; y así vamos recorriendo (Ciencia, amor y poesía, con sus acápites de versos del Poeta, que revelan los bellos recodos del pensamiento científico «Amor vive ahora en mil figuras, El produce algo nuevo cada día». Ya lo dice el Dr. Muñoz, con estos versos exalta el mismo Goethe, la fuerza creadora de la Vida y en ella, la unión fecunda perpetua y multiforme de los seres. «Luego añade los del austero Herder». El verdadero conocimianto es amor)—. En el análisis del Dr. Muñoz, se pone en claro su propio juicio, de modo que sin decir defectos, da o conocer calorías de apasionado y de egoísta, lo considera filósofo a lo Herder y Kant; pero advierte su sentido biológico al interesarse con Cuvier, Geoffroy, Saunt, Hilaire. Lástima que tenga visos de panteísta; porque eso de que no haya sino un templo en el mundo, y este es el del cuerpo humano, es confirmado por su idea panteísta al afirmar «Si tu quieres recrearte en lo Entero, debes ver lo entero en lo pequeñísimo», frase admirable que encierra, dice el Prof. Muñoz, las gestaciones de la psicología de Goethe, en sus viajes; y como que adivinara sus impresiones, le acompaña espiritualmente y piensa con él, en una conciliación científica y literaria. Expone con sinceridad algunas críticas, los juicios medios y modernos de reconocidos escritores ingleses, que siempre salpicados de nacionalismo, no dejan ver con buenos ojos la gloria ajena, porque la

expresión de Carlyle, al traducir el propio «Wilhelm Maister» asegurando que ningún mortal comprará un ejemplar... «Goethe, es el genio máximo que ha vivido en este siglo y el mayor asno conocido antes»; es un escape lamentable de las tres causas aplicables a él mismo, y se descubren dedicándoselas a Goethe; Pobreza de espíritu, Egoísmo, Nacionalismo exacerbado?

Qué bien ha apuntado para la intelección, el Dr. Muñoz, el método goethiano de investigación científica, analizándolo, hasta llegar con las palabras de Goethe, a la conclusión que todo en la naturaleza está unido y ligado íntimamente. Qué decir de la idea del fenómeno, del concepto espiritual y del arte con la ciencia y con la vida?

El Prof. Muñoz, provisto de un gran gusto literario, escoge entre las múltiples materias que se pueden tomar de un escritor, las que convienen a la idea en que viene catalogándolo. El punto de partida de la investigación, unidad y totalidad, es una defensa de Goethe ante Carlyle, se inspira en sus botánicos y compara la naturaleza con el mar, pasando a la teoría de los colores. Pero Goethe era múltiple, y sus facetas eran inagotables en brillo y en número, y ante su método de investigación, identidad y evolución, surge el genio, aunque su método no sea muy claro, sino en sus respuestas, en sus confesiones y palabras.

Su famosa teoría del color, hace del ojo humano la máxima apología de ese órgano, distingue entre ver y mirar, y siente el sentido interno y

el sentido externo, formando una unidad indivisible, y luego, como en raudo vuelo, hace un proceso de la espiritualización de lo material.

Es Goethe un precursor de los avances científicos de la óptica; sus experimentos más que instrumentales inspirados en la naturaleza, concibe la teoría de la metamorfosis de las plantas y la evolución de las especies con lo que aunque adelantándose a Darwin, vibra la inquietud de la época, como la generación espontánea, martillada y arrojada ya a la inaceptación por Pasteur en París. Goethe observador acucioso en los fenómenos naturales, sienta la teoría del tipo morfológico, para reforzar la teoría de la metamorfosis, quizá porque conoce la ley de la íntima naturaleza, o la de la naturaleza exterior por la cual las plantas se modifican.

Advierte el Dr. Muñoz a través de sus obras más notables, el valor de la evolución espiritual. Hace revelaciones de sus especulaciones filosóficas, al hablarnos del fenómeno e idea; plasma su fisonomía física, en el cuadro de Goethe, pintado por H. Kolbe, en el que sus rasgos, son sus actitudes como naturalista, filósofo y poeta.

Detengámonos ante el «Hombre pensante», y se reconoce en Goethe una ejemplar sinceridad. Porque cuando el hombre se siente finito, pero advierte que hay algo más allá, de cuyos límites no le es posible pasar, y se inclina aunque sea diciendo «idea más pura y más abstracta», concede sus fueros a algo que por el momento no alcanza, se reconoce en su línea natural, y la honra de que

nos habla, es el mismo campo natural, y posible del hombre, cumpliendo con su deber del reconocimiento de Dios. Es decir la razón, salvando la fe en Dios, porque no pueden contradecirse, la Razón y la Fe, porque ambos son hijas de Dios, y en Dios, no hay contradicción.

La cita de Jablonski, es oportuna y aclaratoria, pues después de todo, lo que más abunda en estas incredulidades, es la estulticia.

Peligroso es ciertamente, la aberración científica y aun literaria. Se tiene como propio lo que se profundiza, y a veces se defiende la tesis con tanta abstracción como el molusco que muere en la piedra a que se ha adherido.

Qué belleza deben inspirar la metamorfosis de las plantas y Efígenia!

En la lectura de esta conferencia hice aquí, un intermedio, para dar lugar a otro número; y así continuar la segunda parte.

La metamorfosis de las Plantas y la teoría de la Decencia. El Huevo Intermaxilar. La Teoría de los Colores.

Comienza el Dr. Muñoz en esta parte a enjuiciar a Goethe, en su vida filosófica más seria, en sus relaciones con Schiller; analiza en él un proceso ideal y real, sintetiza su estudio de observación en su célebre metamorfosis; obra profunda que sirvió de clave a estudios ulteriores, es una curiosidad científica, en la que se advierte la vida en acción, llegándose a explicar por ella el sentido genético de los seres y su perfectibili-

dad. Pero en lo que he encontrado una base científica, de carácter orgánico, es sobre el problema social, pues en lo que se concluye «Cuanto más imperfecta es la criatura, tanto más iguales o parecidas son entre sí las partes», estas son las masas populares. «Cuanto más se perfecciona la criatura tanto más, cada parte se diferencia una de la otra, aquí está explicado: el hombre elevado por la cultura, por la actividad, por las aptitudes y cualidades de honradez, a un grado en que todo es diverso de las partes. Sería largo entretenerme en el análisis de este concepto genial, pero la Sociología encontraría un esquema natural y riquísimo de estudio, apuntado ya por el genio de Goethe, y admirablemente citado por nuestro ilustre sudamericano, Dr. Muñoz.

Cómo desearía recrearme en el exquisito trabajo del autor de este discurso, cada hoja que leo, es un nuevo brote de ideas colaterales que reclaman dignas disertaciones. Sus ideas filosóficas, los comentaristas de sus obras científicas, de sus descubrimientos, como el del hueso intermaxilar, revelan cómo actuaba la psíquica de Goethe, en sus horas de estudio y de investigación. El Dr. Muñoz llega a sentar diferencias analíticas con otros sabios como Newton, es superior a Darwin; lo apunta en las profundidades matemáticas, lo incursa en la Geología, y el «Fausto», revela su amor a lo grande y a lo pequeño del hombre.

La Trilogía con que titula un capítulo de su conferencia el Doctor Muñoz, «Ciencia, Amor y Poesía» es comenzado por las estrofas:

«Amor vive ahora en mil figuras
El produce algo nuevo cada día».

Si, no podía dejar de pensarse, en que a través de toda esta afición a las ciencias, no cultivara el amor. Casi puedo considerarlo como un sabio cantor de la naturaleza, era para mí, como el Francisco de Asís, dulce trovador, a diferencia de que este cantaba a la luz del misticismo, y aquél en la profundidad científica, de la filosofía técnica, del conocimiento de las cosas por sus causas.

El Dr. Muñoz, apunta con tanta discreción los amores de Goethe, que nos lleva poéticamente a la sutil apreciación de los amores de Ana Isabel, de Lili y de Federica.

Ante Federica, personaje central de «Verdad y Poesía» vale la pena repetir lo que escribe Saint Victor. «Aquí la aurora le alumbra, y la Primavera la corona; a los amorosos coloquios, se mezcla el gorjeo de las aves y el murmullo de las fuentes; los besos huelen a flores del campo, y la historia se enlaza y se desenlaza al son del caramillo que sólo al final, suelta la nota melancólica».

Después del amor, su conciencia religiosa, no se doblegó al peso de la ciencia, como lo han hecho algunos espíritus débiles.

Y nos conmueve, el pasaje citado por el Dr. Muñoz, con precisión y con la más pura realidad «Leyendo a Voltaire le parecen arrogantes, deshonestas» sus ideas con las cuales este gran escritor, para demostrar su propia sabiduría despreciaba la Religión y los Libros Santos, de los

cuales se mofaba. Así perdió crédito ante sus ojos y especialmente, cuando el francés negaba la tradición universal del Diluvio y tratándose de las conchas fósiles, las consideraba, como juegos de la naturaleza».

Pero sí era rígido en sus convicciones, era flexible con sus amores; deambularon por las cortes con el romanticismo científico, por decirlo así, siendo Ana Amalia, princesa de Brunswick, nieta de Federico el Grande, la agraciada ahora de sus ansias amorísticas. Y en verdad que el corazón es insaciable, pues a pesar de las bellas cualidades, de Ana Amalia, sus pupilas fueron a continuación deslumbradas por Carlota Von-Stein, y es que dicen que sus ojos vieron en élla, la realización viviente del «eterno femenino».

No puedo resistir el deseo de reproducir íntegro el epílogo del brillante discurso del Dr. Muñoz, ya que en él, nos regala una vez más, con su talento claro, con su estilo académico y en su forma sintética lo que fue Goethe.

«El genio es un conjunto poderosa de aptitudes psíquicas y fisiológicas y el producto de un equilibrio nervioso y endocrino perfecto. Goethe fué ese equilibrio personificado de clarividencia mental, de sensibilidad agudísima, de fantasía poderosa, de voluntad y de capacidad corporal para el amor y las emociones. Dueño de todo eso, pudo construir lo que él mismo llamaba «la pirámide de su vida»; y la construyó con todos esos materiales selectos y riquísimos de su lírica, de su ciencia, de su arte y cantando alegremente, como el ruiseñor al fabricar su nido.

Sólo a unos pocos elegidos es dable plasmar en su espíritu y en sus obras, las impresiones vividas en la realidad, darles formas augustas e inimitables y entregarlas a la posteridad, como las gemas que el minero arranca de las entrañas de la tierra, con sudor, con lágrimas y con sangre.

De esos fué Goethe

Rep. de El Salvador. Villa Delgado, Mayo de 1950.

Nuevas Orientaciones del Estado Social

Por el Profesor Gilberto Valencia Robledo

La Nación en donde hemos nacido es nuestra patria. Amarla es querer a todo lo que le da vida.

Para dignificar a la Patria y engrandecerla debemos trabajar metódicamente, en una u otra forma, con honradez e inteligencia. Pero, para lograr esto, desanalfabeticemos al pueblo, culturizándole y educádole.

Al individuo desde niño, hay que hablarle del amor para sí mismo, para su familia, para su patria: en ésta encontramos ternura, idiomas, religiones, trabajo, descanso, cuidados, herencia, en fin, todo lo menester para una vida completa y feliz.

Se ama a la patria queriendo a los padres, a los maestros, a los cónyuges, a los hijos, siendo éstos los llamados a conservar nuestros nombres, suelo, seguridad, independencia, honor y dignidad a la raza; construir, conservar y mejorar la propiedad; apreciar y desentrañar las riquezas que pueden proporcionar el cielo, aire, mar, montañas, horizontes, climas; mejorar las costumbres, leyes del país, ciencias, artes y letras.

También se ama a la patria, recordando a los antepasados, a los contemporáneos, a los descendientes,

a la gloria de la posteridad, los sacrificios y las abnegaciones nobles.

Esto se logra apoyando a las instituciones culturales, morales y físicas, que son las llamadas a engrandecer a la patria, haciendo que sus hijos cada vez le honren más.

El individuo que ama a su patria, lucha contra el vicio, las enfermedades, la pereza, la vagancia; defiende a conciudadanos y afronta, con energía, las vicisitudes de la vida.

Amar a la patria es querer a los hermanos. Para ésto es menester que padres de familia, maestros, la prensa y el gobierno unan esfuerzos, conocimientos e ideales; que los niños de hoy, marchen mañana en un ambiente nuevo; así no desdeñarán la cultura, el objetivo ético, el mejoramiento moral, la socialización de la enseñanza, todo lo que es orgullo de la patria, primer progenitor del ciudadano, por el que debemos desvelarnos, pensando en su engrandecimiento y bienestar.

Consideramos como segundo progenitor al padre y a la madre de familia; éstos dan el sér, son los ángeles del hogar; los terceros, son los maestros, los que encienden la luz

de la inteligencia. Estas tres grandes palancas, obras de Dios, si armonizaran, lograríamos paz entre naciones.

Las instituciones nacionales o extranjeras están llamadas a cooperar al mantenimiento y fomento de la amistad entre los países.

El Día de las Américas recordamos la soberanía que asumieron las nociones americanas; éstas, unidas, forman la gran comunidad continental.

La evolución de ideas económicas y políticas modifican el concepto de los fines sociales de la educación. Prepara al niño a intervenir como ciudadano consciente en la actividad de nuestra avanzada organización política; habilita para que sea un elemento firme a los principios fundamentales de cooperación internacional, que tiende a estrechar vínculos entre pueblos. Hermanándonos por idénticas aspiraciones e intereses comunes, cimentaremos nuestra soberanía sobre el derecho, las relaciones sobre la justicia y la solidaridad: tres principios esenciales para la democracia, garantía para la paz y condición indispensable para el progreso.

El Salvador ha dado repetidas pruebas de su amplio espíritu americanista: en épocas bravías, de luchas libertarias ofreció en el altar de la confraternidad, el canto de sus poetas, la potencia intelectual de sus hombres de ciencia y de letras, la laboriosidad de sus elementos de trabajo y el afecto cálido de sus hogares para los exilados que llegaron a nuestras playas.

Las veintiuna banderas de las

distintas naciones de América, forman un mapa viviente, una comunidad de hogares, donde el hermano peregrino, abrumado por la nostalgia de recuerdos lejanos, encuentra un pedazo de su suelo, un girón de historia, una estrofa de su himno, en fin, una representación espiritual y material de su patria.

Cada país, cual mensajero de Dios, tiene deseos y esperanzas; que se cristalicen al conseguir la unión y la paz eternas, cual diáfano prisma, en un haz poderoso y deslumbrante, los esfuerzos sanos de las repúblicas.

Esforcémonos en hacer carne esos deseos y esas esperanzas para que en el suelo de las naciones reine siempre justicia, derecho y solidaridad.

El mundo ha de realizar los esfuerzos de Washington, Abraham Lincoln, Thomas Jefferson, Benjamín Franklin, James Monroe, Hidalgo y Morelos, James Madison, Bolívar, Sarmiento, San Martín, Artiga, Roosevelt, y si uniéramos los esfuerzos de ellos a los nuestros, qué bueno sería.

Cooperemos por el interés social de los continentes. La América poderosa, donde fueron soberanos, razas indígenas halladas por Colón y civilizadas por naciones generosas y pródigas de amor que trajeron la simiente de pueblos gallardos y fuertes, muchísimo consiguió su progreso, en cultura y confraternidad.

El mundo todo lo espera de nosotros. Con el esfuerzo y el amor.

unidos, llevaremos a las patrias por las rutas del trabajo honrado, hasta llegar al pedestal de la gloria,

El amor a los próceres es paradigma digno de elogio.

Recordemos en tres párrafos:

a) *La Independencia de El Salvador,* **1811 - 1821**

En la ciudad de San Salvador, los presbíteros José Matías Delgado y Nicolás Aguilar, los hermanos de éste, Manuel y Vicente, Manuel José Arce y otros patriotas pensaron en proclamar la independencia y prepararon una insurrección que estalló el 5 de noviembre de 1811.

Tal movimiento, secundado por los que no soportaban la opresión, se manifestó nuevamente el 24 de enero de 1814, hasta que en Guatemala, el 15 de septiembre de 1821, culminó en la realidad.

Este es un recuerdo de profunda gratitud a los Padres de la Independencia, quienes profesaban amor a la Patria; valiéndose de la dignidad y del patriotismo, rompieron los lazos que nos unían a un poder extranjero, logrando entrar a las sendas del adelanto, pasando de la noche del coloniaje a la libertad, siempre apetecida.

Tenemos obligación de elevar un himno de amor y esperanza a los siguientes:

- b) José Matías Delgado;
- c) Antonio José Cañas;
- d) Carlos Salazar;
- e) José Simeón Cañas;
- f) Juan Manuel Rodríguez;
- g) Nicolás, Vicente y Manuel Aguilar.

b) *José Matías Delgado*

Clérigo sublime que por su medio se logró convocar a los pueblos para elegir una Asamblea Constituyente, que organizara la Nación Centroamericana, la que tuvo espléndido triunfo mediante la instalación de aquel augusto cuerpo que, con fecha 1o. de junio de 1823, proclamó el Decreto por el cual las provincias del Antiguo reino de Guatemala se declararon independientes de España, de México y toda otra nación, así del Antiguo como del Nuevo Mundo. Tan importante documento, lleva en primer término, la firma de Delgado en concepto de Presidente y como testimonio, el más valioso, del reconocimiento nacional a los magnos trabajos y excelsos méritos de aquel conspicuo ciudadano.

Delgado, Dr. y Pbro. salvadoreño, fué eminente prócer que amó a la Patria con ternura de hijo. Bien merecido su título de BENEMERITO PADRE DE LA PATRIA.

Esclarecido y abnegado patriota que supo interpretar las grandezas cívicas; desafió las iras de un poder tres veces secular.

El culto de las glorias del pasado es loable; perpetuar esas glorias

es estimular y dar ejemplo de grandeza a las generaciones venideras.

c) *Antonio José Cañas*

Uno de los centroamericanos de más glorioso renombre, vicentino, quien siendo miembro del Congreso Constituyente de El Salvador, 1841, por iniciativa suya y del Presbítero Dr. Narciso Monterrey, se estableció la Universidad Nacional; iniciativa que el General Malespín apoyó y que sancionó don Juan Lindo, como Jefe del Estado.

Luchó mucho por la Independencia y libertad de Centro América; así mismo, en los campos de batalla, en las aulas de la escuela, en las conferencias diplomáticas, en las tareas Legislativas y en las cumbres del Poder; se consagró a laborar por la Patria con espíritu ferviente y noble desinterés.

Antonio José Cañas inspiró sus actos en los principios de sabiduría, honradez y justicia; conquistó para sí altos timbres de cultura, y para la Patria, hermosos blasones de gloria.

d) *Carlos Salazar*

Es otro Benemérito de la Patria salvadoreña; por Decreto del 11 de octubre de 1834, así se le tituló; homenaje bien merecido, pues fué militar honrado y valiente, honra de la Patria.

Bachiller en Filosofía en 1817; tuvo a su cargo una fuerza de observación del Gobierno de Guatemala, entre el Jefe del Estado del Salvador, Don José María Cornejo y el General Morazán; en 1834, Senador,

Jefe del Ejército de su país y Gobierno Provisorio de este Estado; en 1837 decretó un movimiento revolucionario en Santa Ana, siendo condecorado por el Dr. Mariano Gálvez, Jefe del Estado de Guatemala; en 1839, la Asamblea Legislativa de Guatemala, le eligió Jefe Provisorio; en 1839 derrotó a Carrera, en Villanueva.

En Guatemala se publicó, con respecto a esta batalla, lo siguiente:

«La acción de Villanueva merece citarse como una de las primeras que en nuestra República han producido resultados de una extensión incalculable. Ella ha salvado la Independencia, la libertad, el orden; ha comunicado nueva vida a la civilización, ya expirante en Guatemala; a la moral y a la religión, torpemente hollados por los bárbaros; y suspendiendo los golpes mortales que se preparaban darles en los demás Estados; la República le es deudora de tan inmenso bien. Lor eterno al bizarro general que con tanto acierto condujo al triunfo a los valientes guatemaltecos y salvadoreños».

e) *José Simeón Cañas*

Presbítero y Doctor en Filosofía que cultivó la ciencia como ilustre Rector de la Universidad de San Carlos, Guatemala; ciudadano amante de la juventud que abrió el camino de la Independencia de Centro América; hombre de ideas progresistas; se empeñó en pro del adelanto social y a la difusión de las luces.

Ilustre salvadoreño, de noble corazón; en 1823, pidió a la Asamblea se declararan libres los esclavos,

moción aprobada con entusiasmo y por unanimidad, y el Poder Ejecutivo, al sancionar el Decreto de la ABOLICION DE LA ESCLAVITUD, decía merecer tablas de bronce.

Fué sabio, bueno y patriota; siempre pendiente de los graves sucesos políticos de Centro América; su valiosa hacienda la repartió entre los desheredados.

f) *Juan Manuel Rodríguez*

Este esclarecido Prócer vive en el corazón de los patriotas. En 1811, en el memorable movimiento del 5 de noviembre, estuvo acompañando al Padre Delgado, a Arce, a Nicolás y demás hermanos Aguilar; en 1813 emprendió nuevamente su campaña libertadora y cambió impresiones con Morelos; en 1814, fué Primer Alcalde del Ayuntamiento de San Salvador; Diputado Provincial a raíz de la Independencia; en 1824, Primer Jefe del Estado de El Salvador, promulgando la Primera Constitución del Estado, el 4 de Julio del 24; instaló la Primera Corte de Justicia; convocó a elecciones y dió libertad a los conciudadanos; decretó premios a los buenos servidores, y llevó al terreno de la práctica la meritísima campaña de la Abolición de la Esclavitud; llevó a Washington la primera misión diplomática; el 19 de agosto de 1823, publicó un estudio en Filadelfia, que dedicó al Ayuntamiento de la ciudad de Cartago,

Rodríguez fué un gran salvadoreño, valiente en las armas, distinguido orador y un gran patriota.

g) *Hermanos Aguilar, Nicolás, Vicente y Manuel*

Educados en el famoso Colegio de San Francisco de Borja de la Antigua Colonia del Reino; sacerdotes los tres; próceres gloriosos de la Independencia.

Los hermanos Aguilar, ya ancianos, fueron los precursores de la idea del grito de Independencia, el 5 de Noviembre de 1811; siempre lucharon por la redención de la Patria.

En los primeros días de noviembre se redujo a prisión al Padre Manuel Aguilar, por haberse sorprendido correspondencia revolucionaria.

Estos tres distinguidos salvadoreños, hermanos de padre y madre sobresalían por el gran amor a la Patria y suspiraban por su grandeza.

Don Nicolás, el primogénito, nació en Tonacatepeque, distrito del Departamento de San Salvador, el 26 diciembre de 1742; Don Vicente nació en esta capital, San Salvador, el 5 de abril de 1746; Don Manuel, el 26 de junio de 1750.

Vicente suplió en las cátedras a varios profesores; Manuel llegó a ser Rector del San Francisco de Borja, hasta 1807; Nicolás fué Cura de San Salvador, durante varios años.

Los tres distinguidos sacerdotes siempre se captaron el cariño del pueblo, porque siempre amaron la libertad y siempre estuvieron dispuestos a alzar la voz autorizada en pro de las acciones opresoras de la autoridad.

G. V. R.

Por los Fueros del Idioma

Por el Profesor José Lino Molina

PRESUPUESTAR, es un feo barbarismo, derivado, sin necesidad del participio pasado irregular *presupuesto* del verbo presuponer, que cuenta con el irregular *presuponido* que no se usa. Presupuesto también es sustantivo, llamándose así a la ley que detalla los ingresos y egresos del Estado y por extensión se aplica a toda minuta de gastos. Por qué no decir presuponer en vez de presupuestar, siendo correcto y lo suficientemente expresivo para todos los casos en que su mal sustituto quiere suplantarle? «Ya hice mi *presupuesto*» no tiene tacha, pero sí la tiene «Ya presupuesté mis gastos». Choca conjugar, yo *presupuesto*, tú *presupuestas*, él *presupuesta*, etc. Y no choca yo *presupongo*, tú *presuponas*, él *presupone*, etc. Este verbo encierra otras acepciones, que la dicha.

EXPLOTAR, en el sentido de reventar, estallar, fulminar, etc. es barbarismo y por tal se le ha denunciado en repetidas ocasiones, pero sin fruto, porque ha seguido usándose sin empacho por todos los que algo intentan decir en relación con bombas, armas de fuego o cuerpos explosivos, en general. La voz *explotar* es pura cuando se la usa para significar el ejercicio de una activi-

dad comercial, igual que sus derivados *explotación*, como en estas frases: «Se explota con buen suceso la ganadería»; «La explotación de minas ha sufrido un paro indefinido en El Salvador»; «Se comienza a explotar con buen éxito la industria de sacos de henequén. Son viciosas estas otras: «La bomba *explotó* en manos del operador, quien murió»; «No *explotaron* los tiros del revólver y no pudo defenderse». Una bomba, una cápsula, un cohete, etc. hacen *explosión*, fulminan, estallan, revientan, pero no *explotan* en buen castellano y para el caso sería mejor decir que *explosionan*, porque esta forma verbal viene de explosión, que es el primitivo propio.

ENTRENAR, es un neologismo innecesario y de mucha suerte en nuestro novelero criollismo. Si mal no recordamos nos llegó por medio del *cable* cuando en Estados Unidos se hacía la conscripción y se preparaba a los reclutas para mandarlos al frente, en la guerra mundial. Por lo que se ve equivale a adiestrar, disciplinar, preparar, enseñar los ejercicios militares, etc. A la fecha se ha convertido por el uso y aplicación absolutos en voz imprescindible con su derivado *entrenamiento*. Hay campos de entrena-

miento para toda clase de deportes y probablemente en las escuelas y colegios, dentro de poco ya no se instruirá, educará, enseñará, preparará para la vida, sino que se *entrenará* a los niños y a los jóvenes en Aritmética, Química, Ciencias Naturales, etc. viniendo a ser por ello tales establecimientos, lugares de *entrenamiento*.

ADJUNTAR, es galicismo. En correcto castellano «no se *adjuntan* los anexos al informe» sino que se envían *adjuntos*. No es propio decir: «Tengo el honor de adjuntar...» porque adjuntar no es verbo castellano. Adjunto encierra igual significación que agregado, acompañando, etc.

EXCENA, EXCENARIO, PISCINA, AFICIONADO, son barbarismos que se escapan a no pocos *eruditos*. Al leer trastruecan las letras y pronuncian consecuentemente. Se escribe *es-cena*, *es-cenario*, *pis-cina*, *af-ccionado* y en los tres primeros vocablos invierten el lugar de la *s* y la *c* y en el tercero le aumentan una *c* fuerte. Igual sucede con Ezequiel, le aumentan una *c* y dicen *Exequiel*.

DILECTO, DILECTA no se usan corrientemente bien. Con frecuencia se ven frases como éstas: «La *dilecta* prosa del culto escritor», en donde hay una metedura de para, pues el vocablo subrayado no quiere decir, por ejemplo, fluida, correcta, bella, sonora, clara, etc. porque es adjetivo en su forma masculina y femenina lo que quiere decir es: «Amado con ternura y honestidad». «Mi dilecto amigo», «Mi dilecta

compañera» si alguien dijera haría bien. Ya lo saben los cultores de la *gaya ciencia*.

TOMAR EL PELO, TOMAR DEL PELO, no son frases sinónimas. Llega un niño de la escuela, llorando, a su casa y cuenta a su mamá: «El maestro me tomó del pelo» y la señora y cuantos la oyen entienden que el pedagogo, (chapado a la antigua, por lo que se ve) tiró del cabello al arrapiezo, probablemente por el lado de la patilla que es donde más duele, según la experiencia. El jovenzuelo estudiante de Ciencias y Letras a la vez se presenta y cuenta: «El profesor me tomó el pelo». Al oírlo nadie piensa que lo han *agarrado* como a su hermano de la célebre patilla. La primera frase es de significado recto, la segunda lo lleva figurado. Pero algunas personas las tergiversan, sin enfado y a ellas se les podría tomar todo el cuero cabelludo y dejarlas calvas y no sabrían distinguir. *Tomadura de pelo* es una burla, en que el propio burlado es actor y tanto más le duele cuanto es más pedante; pero lleva su merecido, pues es de los que «han oído campanas, pero no saben donde».

DIJE ENTRE SI, NO MAS es un verdadero idiotismo, pero no de los que el uso ha hecho familiares y aún autorizado, sino de los que revelan desorientación real, al respecto. SI, en este caso en una variación de SE pronombre de tercera persona, que es la de quien se habla, El amigo que me contaba un episodio en que él se vió envuelto, debió haber dicho: «Dije *dentro* de mí» y no *entre*, tampoco, porque *mi* es de-

sinencia de *yo*, pronombre de primera persona, que es la que habla. «Vuelve *en sí*, hijito» no podría tolerarse ni aún en boca de una madre acongojada, porque hablando con el sujeto debió decir: «Vuelve *en tí*, porque *tí* es desinencia de *tú*, pronombre de segunda persona, que es la con quien se habla. *SI*, en resumen, sólo se usa para la tercera persona. Como en estos ejemplos: «Volvió *en sí*». «No estaba *en sí*».

ESE NIÑO NO SABE MAS *QUE MI*, es incorrecto, el que habla debió decir: «...no sabe más *que yo*. En este caso hay confusión de la conjunción *que* con las preposiciones *a*, *en*, *por*, *sin*, *sobre*, etc. que no pueden anteponerse: en buen castellano al pronombre *yo* pero tan malo resulta expresarse «que *mi*» que «*a yo*», «*por yo*», «*con yo*», etc. Dígase rectamente y sin vacilación «que *mí*» y no se pecará.

SENTARSE EN LA MESA. Cuando se va a comer o a tomar algo en este mueble no se sienta uno *en la mesa* sino *a la mesa*. Pero no faltan los dislates como el siguiente: «Eran trece a sentarse *en la mesa* y desistieron por creerlo de mal agüero». Si los comensales trece o los que fueran se sentaran *en la mesa*, donde se colocarían las viandas y para qué servirían las sillas? Dígase, pues, «sentarse *a la mesa*» cuando se trata de comer o de tomar algo en ella.

NUNCA ME AMASTE TU, dice un desengañado a su ingrata. En esta queja puede y debe haber

verdad en el fondo, pero el modo de expresarse es incorrecto, porque *amastes* es sencillamente *amaste*, sin el aditamento superfluo de una *s*. Las segundas peregonas de singular en indicativo de los verbos terminados en *aste* e *iste*, sin *s* final. Pero ni en verso para completar sílabas o para el ritmo se puede permitir la intromisión, porque ello no sería el uso de una licencia poética, sino abuso por descuido o por ignorancia.

SE RECIBEN NIÑOS DE AMBOS SEXOS, se ve en los avisos de escuelas y colegios mixtos; pero me parece que si los hubiera, estos niños estarían mejor en un museo. por constituir *fenómenos* o monstruos, que según los hombres de ciencia, no existen en las especies animales, incluso la del hombre, a pesar de ciertas anomalías e irregularidades que contemplamos. Tampoco sería correcto decir «niños de uno y otro sexo», porque, en fin de cuentas, es lo mismo. Lo mejor es indicar que se reciben *niños y niñas*.

CUALESQUIERA CORRIJE TANTO ERROR. Deba ser *cualquiera* porque quien ha de corregir ha de ser uno sólo, según lo que se entiende, aunque ese cualquiera provenga de una muchedumbre. Se van a repartir vestidos y uno del concurso pregunta: «Cuál me toca a mí?» Cualesquiera? le contestan. Debió haberse le contestado: «Cualquiera» porque sólo uno le va a tocar al preguntón. Si tocaran varios a cada uno, cabría el *cualquiera*.

Juan Felipe Toruño, en 25 años de su vida. - Todo un lapso dedicado a "Diario Latino"

Por Carlos Arturo Imendia



De los 32 años de vida periodística, 25 los ha dedicado a DIARIO LATINO, Don Juan Felipe Toruño, Presidente del ATENEO DE EL SALVADOR, y quien aparece aquí en compañía de algunos de los Miembros del Cuerpo de Redacción de dicho diario, Decano de los periódicos independientes de Centroamérica, y del que es editoriaalista y encargado de la crítica literaria y artística don Juan Felipe. Al cumplir los veinticinco años el 21 de abril, en el salón de recepciones de dicho diario se ve de izquierda a derecha: Jesús Alvarado Mendizábal, Francisco José Alvarado, Ricardo Contreras, Juan Felipe Toruño (sentado) bajo un cuadro de don Miguel Pinto, Arturo Rivera Pinto, Guillermo Rivas y Francisco Hernández Segura, (Cortesía de la Revista «Ahora»).

Veinticinco años de laborar en la plana de redacción de nuestro colega «Diario Latino», cumplió ayer el distinguido literato Juan Felipe

Toruño, una de las figuras sobresalientes del pensamiento centroamericano.

Debemos al compañero Jefe de

Redacción de este Diario, don Manuel Sevilla, el habernos informado casualmente del vigésimo quinto aniversario de labores del distinguido intelectual Toruño; circunstancia que aprovechamos de inmediato para comunicarnos telefónicamente con el infatigable luchador de las letras, hasta su mesa de redacción en el «Latino». Juan Felipe Toruño nos ratificó la noticia y nos proporcionó interesantes datos sobre su vida periodística en El Salvador, tierra que fué suya de corazón desde un día viernes 4 de mayo del año de 1923...

ES UN DECANO

Juan Felipe toruño, autor de 19 libros publicados en nuestro país, sobre materia de crítica, novela, ensayos, cuentos, información literaria universal y poesía (7 volúmenes), es todo un decano de redactores periodísticos, pues que a lo largo de veintisiete años de permanencia en El Salvador ha hecho una verdadera profesión de su trabajo, sirviendo sus cargos de redactor en diversos órganos de prensa, especialmente en «Diario Latino», empresa a la que ha entregado un cuarto de siglo de intensa energía creadora.

En la actualidad el poeta y escritor Toruño es el Presidente del Ateneo de El Salvador, honroso cargo al que tiene derecho conferido por sus indiscutibles capacidades intelectuales y por su profundo conocimiento de las disciplinas del arte de la liceratura, reconociéndosele tanto en el país como en el extranjero, como una autoridad literaria.

CUARTO DE SIGLO

De cincuenta y dos años vividos, Juan Felipe Toruño es un insatisfecho espectador de su obra. Llegó a El Salvador procedente de su tierra, la hermana Nicaragua, el 4 de mayo de 1923. Incidencias del viaje lo hicieron quedarse entre nosotros pues que el joven idealista se dirigía a la República de Guatemala en donde abordaría un buque con destino a la tropical e inquieta Cuba. El buque de la United Fruit Company debió esperar 27 años al viajero perdido. Y Toruño echó su ancla de cariño fraterno en los corazones que aquí lo admiran, lo respetan y lo quieren.

Tres días más tarde, el 7 de mayo de 1923, Juan Felipe Toruño se incorporaba al Diario de El Salvador, en donde inició su ejercicio periodístico al lado de su ilustre paisano don Ramón Mayorga Rivas. Periodista nato, el joven Juan Felipe traía de su tierra un acerbo de conocimientos y anhelos que luego cultivó para su alto prestigio intelectual y para buen nombre de las letras centroamericanas.

Tiempo después la Jefatura de Redacción del Diario «El Día» le fué encomendada al brillante redactor Toruño, publicando a la vez, en compañía del humanista Dr. Julio Enrique Avila, una interesante revista denominada «La Semana».

El día martes 21 de abril de 1925 —hace 25 años— Toruño escribió su primer artículo editorial para «Diario Latino», en su carácter de miembro de la planta redactora del

antiguo y apreciado colega capitalino. Fué en aquellos años en que los redactores de don Miguel Pinto (padre) hacían el trabajo en su casa, asomándose al periódico únicamente para entregarlo y recibir el fruto de sus esfuerzos. Dorados días aquellos del periodista vocacional, idealista, sacrificado y a veces bohemio, que echaron las líneas para construir este periodismo de hoy, estrepitoso en sus rotativas, en sus duplex, en el nervioso silbido de sus cables y en el vértigo de sus enormes circulaciones... Toruño recuerda con cariño a los correctores de sus primeras pruebas: José Burgos Cuéllar, temor de linotipistas y cajistas, y Filiberto Obando, ya jubilado por la empresa periodística. Y recuerda así mismo al joven hijo de don Miguel, Jorge Pinto, metido en unos overalles azules llenos de grasa, instalando la Duplex de Diario Latino, produciendo de ese modo un vuelco radical en la técnica del periodismo capitalino, ya iniciado con la introducción de su primer linotipo, allá por el legendario 1910.

La sección editorial que primeramente escribió Toruño para Diario Latino se tituló «A través de las horas», siendo desde entonces uno de los más vigorosos columnistas y editorialistas del mencionado colega, y firmando «La Nota del Día», hasta por el 1940.

Juan Felipe Toruño ha trabajado para Diario Latino veinticinco años sin ninguna interrupción, pues que cuando le ha tocado cumplir contratos particulares, ha solicitado

el debido permiso y no ha abandonado su deber de editorialista. Eso mismo ocurrió el 6 de diciembre de 1927, fecha histórica del famoso golpe de estado de Aberle, enderezado a la liquidación del regimen de don Pío, en que Toruño viajó hasta la ciudad occidental de Ahuachapán. El columnista de «Diario Latino» cumplió su contrato en la ciudad de los Aúsoles y mantuvo, mientras tanto, sus deberes al día.

El trabajo de Toruño en Diario Latino —Un Cuarto de Siglo— ha sido de lo más intenso y fructífero. Confundiéndose con los diputados de las más singulares asambleas, mantuvo hasta 1946 su leída «Crónica Legislativa» y, hasta la fecha, su interesante Página Literaria Sabatina, más conocida con el nombre de «Sábados de Diario Latino», en donde el poeta Toruño vuelca toda su inquietud estudiosa y hace una magnífica labor de crítica literaria. Desde «Sábados de Diario Latino» el distinguido literato ha presentado a numerosos valores positivos del arte y las letras nacionales, reordándose que fué él quien impulsara poderosamente el núcleo del «Grupo 6», por algunos años de vanguardia del pensamiento joven de El Salvador. Toruño, escribe, pues en el diario en que antes colaborara Rubén Darío, Juan Ramón Uriarte, David J. Guzmán y Jorge Lardé, cumbres del pensamiento centroamericano. Y como ellos, Toruño sabe dar orgulloso nombre a las letras y a la cultura de El Salvador, a Nicaragua, su patria de origen, y al continente entero.

TODO POR LAS LETRAS

A nuestro juicio, cuanto homenaje se ofrezca al culto hombre de pensamiento Juan Felipe Toruño en esta hora de su vigésimo quinto año de trabajo en el «Diario Latino», resultaría útil sólo en materia de satisfacciones íntimas para él. Satisfacciones que tienen en Toruño, un sentido distinto al de los megalómanos o narcisistas. Toruño sabe que trabaja en las letras porque ese es su destino. Se sacrifica y da. La cultura nacional le adeuda 19 obras, como quien dice 19 empeños generosos. El poeta no hace alarde de su dádiva. Por el contrario, todos los días nos lo encontramos de paso para su «Diario Latino», siempre con un libro y un legajo de periódicos debajo del brazo. Metido en esa tarea diaria de envejecer, al lado de sus cuartillas amadas.

Juan Felipe Toruño, además de su decanato de redactores, es para nosotros el más justo ejemplo de la vida del periodista salvadoreño; una vida de trabajo, de acción intelectual, de nobleza de ideas, puesta y abandonada a los ojos inquietos en mil páginas impresas. El periodista salvadoreño y centroamericano está condenado a eso. Bajo el techo de una casa de prensa, llamada libre, cordial, cálido, fraterno, el escritor adivina muy luego su situación, su estado, su medio ambiente. Localiza la frontera interna, no menos aciaga e injusta que las demás fronteras: la que divide su aspiración, su anhelo, su sacrificio, del terreno inmediato que ocupa el empresario, el comerciante de cuartillas y de pensamientos. El periodista no puede

superar esa frontera, por convicción o por impotencia. Convicción que le ordena no participar en el negocio, en la venta de las palabras nacidas al calor más sagrado del alma. Impotencia que lo anula antes de poder aspirar a un mejor nivel de vida. Y por eso tenemos, caminando como un espectro o vogando como un bajel desmantelado, al periodista salvadoreño: último heredero de la angustia y primero de la esperanza.

Eso es Juan Felipe Toruño. Hombre hecho de arcilla desconocida, que ha aceptado a nuestra patria como suya y a nosotros como sus hermanos; y que como hermanos ha venido para servirnos con sus inapreciables legados de verso y de prosa, de conocimiento profundo y de vuelo audaz por el cielo de las ideas. Ahora nos atrevemos, para terminar esta página llena de cariño, a confesar que Toruño nos está viendo con ojos renovados, con mirada de más profunda libertad espiritual, porque lo encontramos con un libro raro, extremadamente raro, debajo del brazo. Se lo quitamos de las manos y leemos el nombre: «La Náusea...» Nos interesamos y consultamos el autor; Jean Paul Sartre. El joven filósofo existencialista francés, por quien Toruño ha demostrado sentir verdadera admiración. ¿Será Toruño un existencialista? Que lo diga su vida y su obra. Que hablen por él sus ideas y sus actos. Nosotros nos conformamos con saber que Toruño ha mantenido en alto, muy en alto, la bandera de la libertad. Porque sólo es libertad aquella que nace con uno y que se mantiene con uno hasta la muerte. (De «Tribuna Libre»)

¿Inteligencia o Instinto?

Por el Dr. Leonidas Alvarenga

Sucedió hace algunos años, cuando el que escribe era Jefe de los servicios técnicos de las Secciones de Entomología y Botánica de la Asociación Cafetalera de El Salvador.

SACANDO FUERZAS DE FLAQUEZA. Esta es una expresión muy usada para patentizar lo que uno hace cuando se encuentra en trances apurados, de los cuales es necesario salir de cualquier manera, aprovechando las circunstancias del momento y, a veces, lo más rápidamente posible.

El triunfar en situaciones apremiantes, en algunas ocasiones, de vida o muerte, es algo de inteligencia, y, tanto más desarrollada cuanto más escabroso y penoso ha sido el trance.

Caso de verdadero apuro fué aquel en el cual se hallaron las orugas que el preparador del gabinete de Entomología desprendió de las hojas de un matazano.

De la ilimitada cantidad de aire que les rodeaba, de la radiosa luminosidad de las mañanas de febrero, de la abundancia y succulencia de la comida vegetal que les deparara su previsora madre, pasaron de modo brusco a la estrechez y a la atmósfera asfixiante de una pequeña campana de vidrio y, para que su situación fuese más crítica, olvida el preparador dejarles su mínima ración apetitosa y vitaminizante de hojas de *matazano* (*Casimiroa sapota* o *edulis*), limitándose a poner las orugas bajo

la campana, sobre la tira de papel en la cual se acostumbra escribir los datos que encabezan la historia de la evolución de los insectos, hasta llegar a su última fase de adultos. Como no contaran con alimento alguno que les mantuviera durante el tiempo que habrían pasado libres, creciendo, hasta el día del tercer cambio de su metamorfosis, creyeron que lo más conveniente era crisalidar; este cambio las llevaría a un estado en el cual la comida de nada les serviría, y se economizarían las torturas consecuentes a un ayuno prolongado. ¡El hombre no hubiera obrado con más cordura! Pero para crisalidar, esta especie necesita de un medio, tal como las hojas de la planta sobre la cual se le encontró. No habiendo hoja alguna en el estrecho recinto en el cual se les había dejado y donde sólo estaba la tira de papel de las anotaciones, una de las larvas hizo hábilmente un recorte semicircular en el cuerpo de la tira de papel, doblando el semicírculo sobre su diámetro y pegando el borde interno sobre las paredes de la campana, hacia arriba; en el hueco se alojó; allí quedó tranquila, quieta en su cuna.

Como si en estas humildes criaturas tan lejanas de los mamíferos y del hombre existiera cierto espíritu de imitación, las orugas restantes cortaron fragmentos de papel, circulares, y en ellos se encerraron para crisalidar, después de haberlos arrollado, pegando las orillas.

Dos Notas Informativas

Doble Concurso del Ateneo

EL ATENEO DE EL SALVADOR, abrió un doble concurso histórico literario para alumnos de secundaria. El uno, será para los alumnos del primero al tercer curso de secundaria. El otro para los de cuarto y quinto cursos. El tema para los primeros, será un ensayo acerca del primer grito de independencia y para los segundos, un boceto histórico del presbítero Manuel Aguilar con motivo del bicentenario de su nacimiento.

Los premios serán de setenticinco, cincuenta y veinticinco colones, tanto para los que tomen parte en lo del Primer Grito de Independencia, como para los que acometerán el boceto del presbítero Aguilar. Los premios serán entregados en un acto que se efectuará el 22 de septiembre, con motivo del 38 aniversario de la fundación del ATENEO DE EL SALVADOR.

Rumbo a la América del Sur y las Antillas

El Presidente del ATENEO DE EL SALVADOR, y Director de esta revista, Don Juan Felipe Toruño, partirá el próximo 15 de julio rumbo a la América del Sur. Aprovechando que ha sido invitado por la Universidad de Panamá, la de Chile, de Concepción y Casa de la Cultura del Ecuador, como del Brasil, visitará otros países, con el objeto de ambientarse y obtener el material indispensable para trabajar en un estudio histórico de la Literatura de América.

Con este motivo, los Miembros del Ateneo de El Salvador lo despedirán con un acto, en el que estarán reunidos los elementos de nuestra institución.

Durante la ausencia del Presidente, actuará el Vicepresidente, don Braulio Pérez Marchant.

Los lepidópteros en cuestión obraron como lo hace el hambre en casos apremiantes: sacaron fuerzas de flaqueza.

¿Actuaron de manera inteligente o instintiva?

Estos hechos entran en el rol de lo que llamamos: LOS ETERNOS ENIGMAS.

San Salvador,
Enero 26 de 1950.

*Directiva del Ateneo de El Salvador en el
Año de 1950*

Presidente	Don Juan Felipe Toruño
Vice Presidente	Don Braulio Pérez Marchant
Primer Vocal	Prof. Gilberto Valencia Robleto
Segundo Vocal	Irisol
Tercer Vocal	Pbro. Vicente Vega y Aguilar
Secretario	Br. Jorge Lardé y Larín
Pro Secretario	Don Luí Gallegos Valdés
Bibliotecario	Dr. Leonidas Alvarenga
Tesorero	Prof. José Lino Molina
Síndico	Ing. Simeón Angel Alfaro
Secretario Adjunto	Prof. Alfredo Betancourt



Miembros del Ateneo del Salvador

ACTIVOS

San Salvador

Alfaro
 Alvarenga
 Aguilar
 Arce y Valladeres
 Betancourt
 Calderón
 Claros
 Gallegos Valdés
 Huezo Paredes de
 Gutiérrez (Irisol)
 Lardé y Larín
 Lemus
 Molina
 Palacios
 Palacios B.
 Pérez Marchant
 Toruño
 Valencia Robleto
 Vega y Aguilar
 Vides Siguí
 Vidal
 Zúniga Idiáquez

Ingeniero Simión Angel
 Doctor Leónidas
 Doctor Salvador G.
 Don Manuel José
 Profesor Alfredo
 General José Tomás
 Presbítero Dr. Rafael F.
 Br. Luis
 Doña Graciela

Bachiller Jorje
 Tte. Coronel José María
 Profesor José Lino
 Doctor Aristides
 Don Eugenio
 Don Braulio
 Señor don Juan Felipe
 Profesor don Gilberto
 Presbítero Vicente
 Don Ricardo
 Doctor Manuel
 Doctor Manuel

DEL INTERIOR

Barrios
 Román Peña
 Osegueda
 Osegueda

Doctor Gerardo
 Presbítero Miguel
 Señor Don Napoleón
 Señor Don César Augusto

Santa Ana
 San Martín
 Jucuapa
 San Miguel

HONORARIOS

Arrieta Rossi
 Bolaños
 Castro Ramírez
 Costa
 Gavidia
 Guerrero
 Osegueda
 Soriano
 Villafañe

Doctor Reyes
 Cap. Mayor Oscar
 Doctor Manuel
 Doctor Humberto
 Señor Don Francisco
 Doctor J. Gustavo
 Profesor Francisco Rodolfo
 Doctor Nazario
 Señor Don José María

Correspondientes en el Exterior

Argentina

González Arrili	Señor Don Bernardo	Buenos Aires
Marasso Roca	Doctor Arturo	"

Alemania

Bjorkman	Doctor C. V. E.	
Bjorkman	Señora María de	

Bolivia

Diez de Medina	Señor Don Eduardo	La Paz
----------------	-------------------	--------

Brasil

Aranha	Señor Don Gracca	Río de Janeiro
Bocanegra	Jr. Ing. Silio	"
Diniz	Señor Don Amachio	"
Ruiz	Señor Don Gustavo A.	Sao Paoulc
Castaldi	Señor don Joao	Sao Paoulc

Colombia

Jirón Camargo	Señor Don Gabriel	Bogotá
Morales	Señor Don J. Angel	"
Nieto	Señor Don Ricardo	"
Prado	Señor Don Manuel A.	"
Sanín Cano	Señor Don Baldomero	"

Costa Rica

Barrio Nuevo	Señor Don	San Jos
Cruz Meza	Licenciado Luis	"
del Valle	Doctor Miguel	"
Zeledón (Bill)	Señor Don José María	"
Zúniga Montúfar	Licenciado Tobias	"

Cuba

Canellas	Señor Don Francisco	Habana
Catalán	Doctor Ramón R.	"
Peralta	Señor Don A.	"
Vittier	Doctor Medardo	"
Ureña	Doctor Max Enrique	"

A T E N E O

Chile

		Santiago
Lillo	Doctor Samuel A.	"
Marín	Doctor Juan	"
Prado	Señor Don Pedro	"
Vega	Señor Don Daniel de la	"

Ecuador

		Quito
Barrera	Doctor Isaac J.	"
Muñoz	Señor Don José E.	"
Viteri Lafronte	Señor Don Homero	"
de Andrade Coello	Doña Maria Esther	"

España

		Madrid
Figueroa	Ingeniero Pbro. José	"
García Ontiveros	Doctor Luis	"
Sanz y Díaz	Señor Don José	"
Vehils	Doctor Rafael	"

*Estados Unidos de Norte**América**Washington, D. C.*

		Washington, D. C.
Brainerd	Miss Eloisse	"
Cáceres	Señor Don Julián R.	"
Cerón Camargo	Doctor Tomás	"
Fortuol Hurtado	Señor Don P.	"
Recinos	Licenciado Adrián	"
Urbizo Vega	Señor Don Benjamín	"
Gregg	Doctor John Robert	"
Haller	Doctor J. P.	New York
Jiménez	Don Juan Ramón	"
		"

Francia

		París
García Calderón	Señor Don Ventura	"
Coll	Señor Don Pedro Emilio	"

Guatemala

Arévalo Martínez	Señor Don Rafael	Guatemala
Castañeda	Señor Lic. Ricardo C.	"
Figueroa	Señor Don Salvador M.	"
Mathus	Profesor J. Conrado	"
Rodríguez Cerna	Licenciado José	"
de Jonhg Osborne	Señora Lilly	"
Contreras	Doctor F.	Cobán

Honduras

Gómez Romero	Señor Don Antonio	Tegucigalpa
Guardiola	Licenciado Esteban	"
López Villamil	Licenciado Humberto	"
Mejía Colindres	Doctor Vicente	"
Mejía	Señor Don Vidal	"
Navas	Señor Don Alejandro	"
Ochoa Alcántara	Señor Don Antonio	"
López Pineda	Doctor Don Julián	"
Urrutia	Lic. Don Ricardo de J.	"
Zúniga	Lic. Don Luis Andrés	"
Zúniga	Doctor Manuel G.	
Gamero de Medina	Sra. Doña Lucía	Danlí, Paraíso
Padilla	Señora Visitación	Ciudad Gracias
Turcios	Señor Don Salvador	Comayagua

Holanda

Dausted	Doctor Antonio Pietri	Hamsterdan
---------	-----------------------	------------

Hungria

Thot	Doctor Ladislao	Budapest
------	-----------------	----------

Inglaterra

Angel	Señor Don Norman	Londres
-------	------------------	---------

México

Cravioto	Coronel Adrián	San Pedro Los Pinos
Valle	Señor Rafael Heliodoro	San Pedro Los Pinos
Núñez y Domínguez	Doctor José de J.	México, D. F.
Rosado Vega	Don Luis	"
Torrea	General J. Manuel	"
Palavicini	Ingeniero Félix	"
Portes Gil	Licenciado Emilio	"
Aburto	Profesor Porfirio	"
Salcedo Ledezma	Señor Don Enrique	"
Ochoa Ravizé	Señor Don Alfredo	"

Nicaragua

Argüello	Señor Don Agenor	Managua
Avilés	Señor Don Juan R.	"
Barreto P.	Don Mariano	"
Barquero	Doctor Antonio	"
Rivas	Señor Don Gabry	"
Robleto	Señor don Hernán	"
Soriano	Señorita Lola	"
Mendieta	Doctor Salvador	Diriamba
Pallais	Pbro. Doctor Azarías H.	Corinto
Terán	Señor Don Ulises	León
Vanegas	Doctor Juan D.	"

Paraguay

Campos	Profesor Alfonso A.	Asunción
--------	---------------------	----------

Perú

Barreto	Señor Don José María	Lima
Callorda	Doctor Pedro Erasmo	"
Palma	Señor Don Clemente	"

República Dominicana

Henriquez y Carbajal	Doctor Federico	Ciudad Trujillo
Lugo	Doctor Américo	"
Morel	Señor Don Emilio	"

Uruguay

Ferreiro	Señor Don Eduardo	Montevideo
García Santos	Señor Don Francisco	"
Martínez	Señor Don Alfredo E.	"
Vaz Ferreira	Doctor C.	"

Venezuela

Arguedas	Señor Don Alcides	Caracas
López	Sr. Don Casto Fulgencio	"
Revollo y Samper	Señor Don Andrés	"